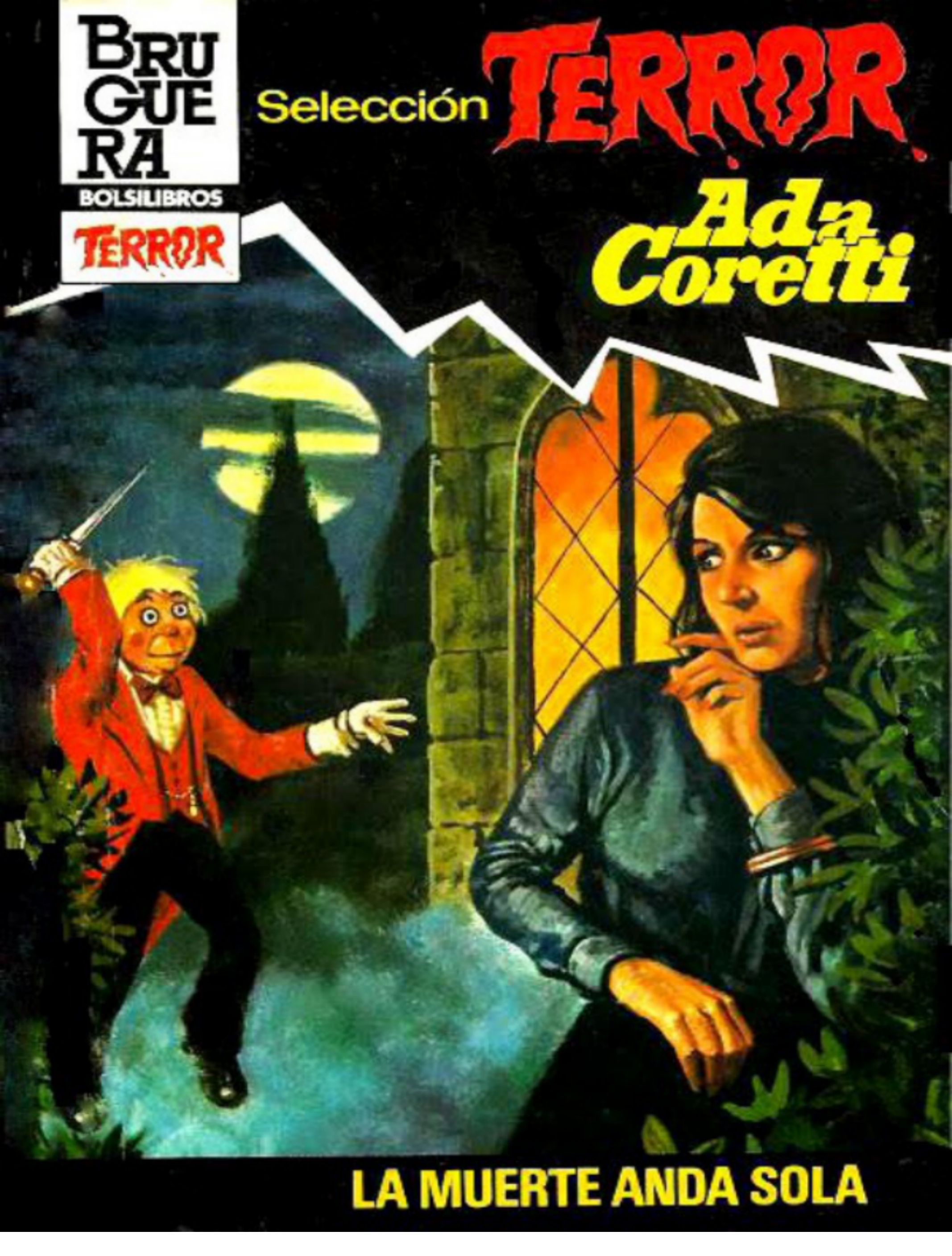

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada Coretti
LA MUERTE ANDA SOLA



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

518 — El precio de un alma, *Clark Carrados*.
519 — Brindo por ti, muerte, *Ada Coretti*.
520 — Simposium del horror, *Adam Surray*.
521 — Terapia de shock, *Frank Caudett*.
522 — El templo de Satán, *Burton Hare*.

ADA CORETTI

LA MUERTE ANDA SOLA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 523
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.875 - 1983
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1983
2ª edición en América: setiembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

La actuación del ventrílocuo Lionel Waggett estaba causando la más viva admiración. En la lujosa sala de fiestas todos se hallaban pendientes de él.

Lionel Waggett y su muñeco, Nelson, componían un número ciertamente estimable, digno en verdad de los más calurosos y encendidos elogios.

Lionel Waggett imprimía tanta vida a su muñeco, que éste, realmente, parecía hablar y moverse por sí mismo.

La actuación de aquella noche estaba consistiendo en un largo diálogo entre ambos, que había empezado amigablemente y que luego, entre ironías y sarcasmos, había ido haciéndose áspero, violento, casi agresivo.

Pero lo que verdaderamente llamó la atención del público y despertó oleadas de admiración, fue que Nelson, el muñeco, diera la sensación al final de la actuación de estar realmente aborreciendo a Lionel Waggett. De estar aborreciéndole con todas sus fuerzas. Como si, ciertamente, deseara estrangularle con sus propias manos.

Nelson vestía un smoking de color rojo. También era rojo su corbatín. Del mismo color llevaba los zapatos. Tenía las proporciones normales de un niño de unos once años y sus ojos eran redondos, saltones, muy negros, y sus cabellos rubios, muy rubios, y su boca, de labios gruesos, se abría y cerraba de un modo sumamente expresivo.

Una vez terminada la actuación, Lionel Waggett agradeció desde la pista los aplausos que se le concedían. Lo hizo con repetidas inclinaciones de cabeza.

Seguidamente se retiró a su camerino.

Ya allí, se dispuso a doblar a su muñeco por la mitad y a colocarle en el estuche donde solía tenerlo metido cuando no trabajaban.

Pero en esta ocasión, Lionel Waggett, un hombre de unos treinta y ocho años, delgado, de estatura mediana, dejó a su muñeco sentado en una silla. Había visto, o le había parecido ver, como si Nelson se negara a ser metido en el estuche. Sus ojos redondos, saltones, muy negros, acababan de brillar amenazadores. Últimamente le miraba así muchas veces.

Pero, ¿acaso podía un muñeco, porque Nelson no era otra cosa, tener vida propia?

No, imposible. Nelson no tenía más vida que aquella que Lionel Waggett le daba accionando sus brazos, moviendo su cabeza y prestándole su voz.

Al menos era esto lo que Lionel Waggett había creído hasta

entonces. Ya no lo creía. No podía creerlo desde que, lo quisiera o no. se veía arrastrado por la personalidad del muñeco, una personalidad que se imponía a la suya propia. De ello, sin duda, que durante las actuaciones, cuando él quería que Nelson dijera una cosa, se le rebelaba y decía otra.

¿Pero cómo iba a decir otra cosa que no fuera exactamente aquello que Lionel Waggett deseara que dijera? ¿Acaso no era su propia voz la que salía de la boca de Nelson?

Cuando pensaba en todo ello, Lionel se ponía muy nervioso, muy excitado, y acababa divagando.

—Estoy dispuesto a ampliarle el contrato —el dueño de la sala de fiestas había entrado en su camerino.

—Lo lamento —contestó Lionel—, he decidido tomarme una temporada de descanso.

Sí, necesitaba calmarse, serenarse, y convencerse de que Nelson no era más que un simple y vulgar muñeco. Algo sin movimiento y sin voz. Algo muerto.

Había decidido ir a pasar una temporada en compañía de sus padres políticos.

Allí, claro, rememoraría más intensamente su pasado. Resultaría inevitable.

Y su pasado no había sido ciertamente risueño. Todo lo contrario. Llevaba implícito una indudable cantidad de hiel, de amargura, de dolor. Pero formaba parte de sí mismo y hubiera resultado absurdo que quisiera echarlo a un lado de un manotazo y dejarlo enterrado para siempre. Sólo se en-tierra a los muertos y aun así siguen vivos. A menudo aun más vivos de lo que lo estuvieron cuando alentaban.

Una media hora después, Lionel Waggett se dirigía, al volante de su coche, hacia la localidad de Atssong.

Era allí donde vivían Basil Basslencey y su esposa Bárbara, sus padres políticos. En una enorme mansión, no excesivamente acogedora, donde, sin embargo, todo era regio y hacía alusión a la categoría de sus moradores.

En el coche, junto a Lionel Waggett iba Nelson. Por lo visto había conseguido no ser metido en el estuche.

Lionel, de vez en cuando, miraba a su muñeco. Y lo cierto es que en su mirada había miedo. Un miedo enorme, que se desbordaba dentro de sí mismo y le privaba de pensar y de mentalizarse de un modo coherente.

Se sentía ansioso por llegar. Necesitaba sentirse entre personas queridas. Ya no podía más con aquel ir de ciudad en ciudad, sin otra compañía que no fuera su muñeco, Nelson, que poco a poco le estaba esclavizando.

Sí, esclavizando. ¿Acaso no es un esclavo aquella persona que está

bajo el dominio de otra y carece de libertad?

Lionel Waggett, en efecto, había llegado a ese extremo. Ni más ni menos.

Tenía que reconocerlo por angustioso y alarmante que le pareciera.

Bueno, sería mejor que de momento no le diera más vueltas a aquella incomprensible, absurda y ridícula situación.

Pronto llegaría a la mansión y todo cambiaría.

Esbozó una sonrisa al recordar a su hermana Annabell, que cuando él se casó con Tamara Basslencey se fue a la mansión a vivir con dios. Por aquel entonces era todavía una niña.

Con Annabell siempre se había llevado bien, se comprendían, se querían sinceramente.

De súbito, Lionel mermó la velocidad de su coche. Acababa de darse cuenta de que la niebla inundaba la carretera.

Debería ir con cuidado. Con una niebla así, tan densa, tan tupida, tan cerrada, uno no podía verdaderamente ver por dónde iba. Un accidente en tales condiciones era lo más fácil de imaginar.

Esperó a ver si la niebla se aclaraba, pero no, todo lo contrario, se espesó aún más. Así que llegó a la conclusión de que le convendría detenerse.

Le sabía mal verse obligado a hacerlo. La localidad de Atssong debía estar sólo a unas tres millas y la mansión de sus padres políticos, pues, a menos de dos.

Pero no era sensato conducir en tales condiciones. Se apearía. Allí mismo veía una posada.

Así que hubo parado el coche, no lo pudo evitar, la mirada se le fue hacia Nelson. Era como si de un modo encubierto le estuviera preguntando si le parecía bien o no aquel alto en el camino.

Le dió la sensación de que al muñeco le agradaba detenerse allí y se quedó más tranquilo.

Aunque, a la vez, más intranquilo. ¿Acaso necesitaba del consentimiento de Nelson? Sí, evidentemente lo necesitaba. Tenía que reconocerlo. Valía más que aceptara los hechos.

Se apeó, dejando al muñeco en el coche.

Y frotándose las manos, pues hacía frío, llegó hasta la puerta de la posada. Una puerta que dejó sonar una campanilla de alegre sonido cuando él la abrió.

Allí dentro hacía un calorcito nada despreciable, de ello, quizá, que los parroquianos fueran bastante numerosos.

Algunos de ellos se distraían jugando a las cartas, aunque no se jugaban dinero, sola la siguiente ronda de cervezas.

La dueña de la posada era una mujer entrada en carnes, aún bastante joven, que llevaba un escote más que generoso. Cuando

servía las consumiciones se agachaba intencionadamente y enseñaba todo lo que podía. Debía pensar, y sin duda no se equivocaba, que eso más la favorecía que otra cosa.

Lionel Waggett se acercó al mostrador y pidió un café.

Mientras lo tomaba se dió cuenta de que uno de los parroquianos, un hombre de escasa estatura, muy pecoso, miraba hacia fuera, hacia su coche, y luego comentaba algo en voz baja.

—No debiera dejar solo al niño —-pasado un rato el tal parroquiano se le dirigió con estas palabras.

—¿Cómo...? —inquirió Lionel.

—Me refiero al chico —aludió el parroquiano—. Solo en el coche no debe sentirse a gusto.

—Ese chico, como usted le llama —puntualizó Lionel— es solo un muñeco.

—¿En serio? —se sorprendió el parroquiano, el hombre de escasa estatura, muy pecoso—. Nadie lo diría... —y había de añadir—: Pues me había parecido que se movía...

—No, imposible —aseguró Lionel—. Ya le he dicho que es solo un muñeco.

Aunque hubo firmeza en el tono de su voz, Lionel Waggett se había quedado sintiendo como si unos gusanillos bajaran por su espalda.

La posadera, acto seguido, sirvió una nueva ronda de cervezas y luego se acercó a los cristales de la puerta, echando una mirada al exterior.

—¡Cuanta niebla! —comentó.

En eso entró un nuevo cliente. Se trataba de un hombre al que nadie saludó con excesiva amabilidad. Posiblemente porque siempre iba borracho y eso significaba que, a menudo, acabaría peleándose con quien fuera.

En esta ocasión también llegaba bebido. Entró allí poco menos que dando tumbos.

—Sírvame un vaso de vino —dijo a la posadera tras acercarse al mostrador y colocarse cerca de Lionel Waggett.

—Yo de usted me iría a casa, ha bebido ya demasiado —la posadera no obstante, le sirvió el vaso de vino—. De lo contrario acabará viendo doble.

—Algo más raro que eso me ha sucedido —reconoció el hombre—. Un niño, vestido con un smoking de color rojo, se me ha acercado y me ha asegurado que iba a matarme...

—¿Qué dice usted? —y Lionel acababa de sufrir una sacudida.

—Lo que ha oído —repuso el hombre—. Pero yo no me he asustado, aunque reconozco que esa clase de bromas no son de mi agrado.

—¿Dónde estaba ese niño? —preguntó Lionel con la lengua pegada al paladar.

—No sé de dónde ha salido —dijo—. Hay tanta niebla esta tarde…

—Bebe demasiado, siempre se lo digo —observó la posadera—. Después le pasan estas cosas.

—Bueno, bueno… —aceptó, tras beberse el vaso de vino—. Me iré a casa. Quizá tenga usted razón.

Pagó. Por lo mucho que removió en sus bolsillos debían ser aquéllas las últimas monedas que le quedaban.

Luego se dirigió hacia la puerta. Instantes después salía dejando tras sí el alegre sonido de la campanilla.

Y fue un par de minutos más tarde, o cosa así, cuando le oyeron lanzar un grito. Un grito de supremo horror, de inconmensurable espanto.

La posadera, Lionel Waggett, los parroquianos, todos se miraron interrogativamente entre sí.

¿Qué significaba aquello…?

Pronto lo supieron, pues se apresuraron a salir de allí. Lo hicieron en bloque.

Cerca de la carretera, entre un enorme charco de sangre, encontraron el cuerpo del pobre borracho.

Un tajo enorme le abría el pecho, más a la izquierda que a la derecha, y por el horrendo y escalofriante agujero le asomaba el corazón. Un corazón que ya no latía.

Lionel Waggett miró hacia su coche. La verdad es que temía encontrarlo vacío. Pero no, Nelson estaba allí. Claro, claro que sí. No podía estar en otra parte. Respiró aliviado.

No obstante, cuando la niebla se hubo aclarado y Lionel Waggett se puso al volante de su coche dispuesto a reemprender la marcha, se percató de que Nelson no se hallaba exactamente en la postura que le había dejado. Acababa de encontrarle con la mano derecha dentro del bolsillo de su smoking.

Estaba seguro de haberle dejado con las manos sobre el regazo, así que se sobresaltó de mala manera.

Pero lo peor no era eso.

Cuando le sacó la mano del bolsillo vio que sujetaba un afilado cuchillo.

¡Y estaba manchado de sangre…!

CAPITULO II

La mansión de Basslencey se alzaba junto a los linderos de! bosque. Un bosque que se extendía hacia el Norte. La localidad de Atssong se hallaba en contrapuesta situación.

Aquel bosque era propiedad de los Basslencey. Siempre lo había sido. Siglos atrás se habían organizado allí lucidas cacerías. Ahora ya no, a través de los años las piezas se habían ido extinguiendo.

Cuando Lionel Waggett llegó a la mansión, fue recibido como esperaba, con un gran afecto por parte de Basil Basslencey, un padre político que siempre se había portado inmejorablemente con él. Con una expresión ausente, boca idiotizada, y unas palabras balbuceantes, por lo que respecta a Bárbara, una madre política que siempre había sido tal como era ahora.

Tampoco le sorprendió el recibimiento de Betty, su cuñada. Dulce, recatada, muy cariñosa con él. Sin duda era cierto lo que alguien le dijo una vez, Betty le amaba en silencio.

Por lo que se refiere a como le recibió su hermana Annabell, huelga decir que fue lo que más le agradó y más le llenó de emoción. Corrió hacia él, le abrazó y le llenó de besos.

—¡Oh, Lionel, que alegría volver a tenerte aquí con nosotros!

Lionel Waggett creía que ya había visto y saludado a todos, pero no era así. En aquella casa había otra persona. Una amiga de Betty. Estaba pasando unos días con ellos.

Se sorprendió al conocerla. Era alta, con unas curvas sensacionales y unas piernas de verdadero campeonato. Tenía el cabello largo, oscuro y los ojos verdes y rasgados.

Más que amiga de Ía dulce, recatada y ya mayorcita Betty, a Lionel le hubiera costado poco confundirla con una corista, sí bien, por descontado, de primera fila.

—Mucho gusto.

—Encantada —y Verónica, que éste era el nombre de la amiga de su cuñada, le dedicó una sonrisa como para descongelar al hombre más frío.

Pero Lionel no estaba para fijarse en ninguna mujer por muy hermosa y atractiva que pudiera ser. Se hallaba inmerso en su miedo, en su preocupación de que Nelson fuera en realidad algo más que un simple muñeco.

Preocupación y miedo que, dentro de él, se habían convertido en una angustia opresiva y agarrotante, difícil de soportar.

—¿Qué te pasa? —Annabell tardó poco en hacer esta pregunta a su hermano.

—Nada... —contestó él, aunque no de forma muy convincente.

—Sí, a ti te pasa algo. Dime qué es.

Lionel ya no podía más con su sufrimiento, así que empezó a referírselo iodo.

—Pero, ¿qué disparates me estás contando? —Ia muchacha, por dos o tres veces, le interrumpió.

Su hermano, sin embargo, no se desanimó con sus interrupciones, ni tampoco con su evidente incredulidad. Siguió hablando hasta que todo aquello quedó debidamente explicado.

—¡Por favor, Lionel! —protestó Annabell cuando su hermano hubo concluido—. ¡Sabes de sobra que todo eso no es posible!

—Sí, lo es —le aseguró firmemente, obsesivamente—. Lo es...

—Un muñeco es solo eso, no puede ser otra cosa. Y Nelson no es más que tu último muñeco... Como años atrás lo eran otros...

—Pero los otros no me dominaban... Nelson sí, me avasalla, me tiraniza, me esclaviza... Acabo diciendo lo que él quiere, no lo que quiero yo...

—Nelson sólo pronuncia las palabras que pronuncias tú... Nelson no tiene voz, aunque tú le hagas abrir y cerrar la boca para que parezca que es él quien habla... Es sólo un muñeco, algo inanimado... No tiene huesos, ni carne, ni sangre... ¡Tienes que comprenderlo! ¡Es preciso que lo comprendas!

Annabell se afanó por hacer entrar en razón a su hermano. Pero se afanó inútilmente. No consiguió nada.

De tal modo y forma fracasaron todas sus tentativas por hacer que la lógica y el buen sentido predominaran en él, que terminó convencida de que su hermano necesitaba, y urgentemente por cierto, asistencia médica.

¿Y qué mejor que un buen psiquiatra dadas las circunstancias del mal que le aquejaba?

*

Una amiga le había hablado en cierta ocasión de un tío suyo que semanalmente visitaba a un psiquiatra.

En aquella oportunidad Annabell apenas prestó atención a las palabras de su amiga.

Pero ahora, al ver a su hermano Lionel preso de esa tan absurda e irrazonada monomanía, de esa tan ridícula y grotesca obcecación, consideró que no estaría de más que telefoneara a esa amiga y le preguntara el nombre y la dirección de ese psiquiatra.

Así lo hizo, sin detenerse en vacilaciones que pensó que no debía darse el lujo de concederse. Su hermano se hallaba en un momento difícil, delicado, que podía desembocar, quizá en una crisis

sumamente peligrosa. Era el momento de actuar. Antes de que fuera tarde.

Su amiga, tras facilitarle la dirección del consultorio y el nombre del psiquiatra, había de añadirle:

—Que no te caigas de espalda al conocerle.

Annabell pensó qué se lo había dicho porque el susodicho psiquiatra debía ser un hombre muy feo. No se le ocurrió suponer otra cosa.

Bueno, la verdad es que no se detuvo a reflexionar sobre este pormenor, que carecía de importancia. Ella buscaba un buen profesional, que pudiera ayudar a su hermano a salir del callejón sin salida en el que parecía hallarse inmerso. Lo demás no importaba.

Sin embargo, antes de acudir al consultorio, Annabell quiso poner en conocimiento de Basil Basslencey el paso que iba a dar. No hubiera estado bien otra cosa. Bien mirado, ella vivía en la mansión desde niña, amparada en todo y por todo por su generosidad.

Para que le comprendiera, claro, tuvo antes que explicarle que Lionel no terminaba de estar bien, sintiéndose torturado por extrañas ideas.

—¿Qué clase de ideas?

Le puso al corriente.

Y Basil Basslencey, un hombre de unos cincuenta y seis años, con el cabello totalmente encanecido, había de decirle finalmente:

—Vete a consultar a ese psiquiatra. Creo que, en efecto, el caso lo exige.

*

Cuando Annabell conoció al doctor Frank Cobb, comprendió de sobra, sin necesidad de más, porque su amiga le había dicho aquello de caerse de espaldas.

Se trataba, no de un hombre feo como ella había supuesto, sino de todo lo contrario. ¡Era tan joven, atlético, guapo y varonil que resultaba apabullante! ¿Cómo iba una a imaginarse que un psiquiatra pudiera ser así?

—Usted dirá —le había ofrecido asiento y él acababa de tomarlo tras su mesa de escritorio.

—Pues yo..., yo... —Annabell no acertó a otra cosa que no fuera balbucear como una tonta.

—Tranquilícese... -—el psiquiatra le dedicó una sonrisa profesional, sin duda creyéndola una paciente—. No tiene por qué ponerse nerviosa...

—No estoy nerviosa —dijo ella—. Simplemente, no me esperaba que fuera usted así.

—¿Cómo...? —se preguntó Frank Cobb.

—Me lo imaginaba bajo y gordo, con un mínimo de cincuenta años —reconoció Annabell.

—¡Ah, bueno! —exclamó, esta vez con una sonrisa distinta.

Mientras miraba a la muchacha. Frank Cobb, un hombre no todo lo serio que creían sus pacientes, se dijo que aquella chica era su ideal. Bonita silueta, largos y dorados cabellos, maravillosos ojos oscuros. Si, su ideal.

—Vengo a consultarle un caso... —empezó diciendo Annabell. Y tal vez respondiendo a la mirada de él—. A mí personalmente no me pasa nada...

—Lo celebro de veras —dijo él.

—Se trata de mi hermano.

—La escucho atentamente.

En efecto, la escuchó sin perderse una sílaba, sin que el menor detalle le pasara por alto.

Su trabajo consistía en eso. En saber escuchar y en profundizar y en ahondar en los problemas que se le planteaban, y en desmenuzarlos y someterlos a análisis hasta llegar a sus más hondas, profundas e insondables raíces.

—Francamente, un caso un tanto original... —terminó opinado Frank Cobb.

—Terriblemente inquietante diría yo —-opinó por su cuenta Annabell.

—No se preocupe, curaremos a su hermano. No, no es que crea que su hermano esté loco —se apresuró a añadir—. Sin embargo, es evidente que se halla dominado por una idea pertinaz que le preocupa e inquieta hondamente, coartando su voluntad y sus ideas. Bueno, le daré día y hora de visita...

—De eso se trata —repuso Annabell, y había interrumpido al psiquiatra—, mi hermano no va a venir a verle.

—Si usted le persuade...

—Aunque lo intente, no he de conseguirlo. Estoy convencida de ello.

—¿Entonces...?

—Venía dispuesta a rogarle que fuera usted quien le visitara a él. Pero, claro, sin que él se percate de que es examinado —hizo constar, la puntualización resultaba primordial—. ¿Es eso posible, doctor Cobb?

—Todo es posible —aseguró.

—Gracias.

Poco después habían quedado de acuerdo en todo.

Al día siguiente, Frank Cobb llegaría a la mansión y preguntaría por la señorita Waggett, exponiendo su deseo de saludarla. Diría ser

un amigo.

Annabell le recibiría y presentaría como a tal a todos los miembros de la familia, incluido Lionel, por descontado. Aprovecharía la primera ocasión, por lo demás, para invitarle a comer.

A partir de entonces, Frank Cobb, a quien le habría faltado tiempo para aceptar la invitación recibida, se las arreglaría para dialogar con Lionel y tratar de averiguar qué clase de extraña divagación, de absurda .imprecisión, de irrazonada e ilógica confusión hacían que su mente hubiera caído en aquel abismo. Tenía que existir un punto de partida, aunque el propio interesado, quizá, fuera el primero en desconocerlo.

—Pero antes de ir a su casa —especificó Frank Cobb seguidamente necesito estar mejor informado.

—Le he dicho ya cuanto sé —aseguró Annabell—, Mi hermano cree que su muñeco, Nelson, tiene vida propia y...

—No me refería a eso —repuso el psiquiatra—. Me consta que respecto a su hermano y a los trastornos que actualmente padece me ha informado ya lo más detallada y rigurosamente posible. Aludía a otro factor, en realidad básico, fundamental, primordial. Aludía a su pasado...

—Sí, sí...

—En nuestro pasado está siempre, o al menos casi siempre, la motivación de todos los problemas que luego en la vida nos angustian, nos oprimen, a veces hasta ahogarnos.

CAPITULO III

Unos doce años atrás, cuando Lionel Waggett tendría unos veintiséis y su nombre empezaba a tener cierta cotización como ventrílocuo, una noche, a la salida del teatro en el que acababa de actuar, conoció a Tamara Basslencey.

Era ésta una jovencita bellísima, que desde el primer momento se mostró visiblemente interesada por el joven artista.

Sin embargo, Lionel no valía mucho físicamente y por lo demás tampoco era rico, pues vivía simplemente de su trabajo, así que le sorprendió que aquella muchacha tan bella estuviera demostrándole tan acusada deferencia. Y se sorprendió aún más cuando días después se enteró de que Tamara era la hija de un hombre fabulosamente rico.

Lionel no quiso hacerse ilusiones., y aunque siguió tratando a Tamara no se atrevió a decirle que la amaba. En el fondo temía hacer el ridículo.

Pero Tamara lo había decidido desde el mismo momento de conocerle, se casaría con él y sería feliz. Así que le fue detrás, le acosó y en realidad casi puede decirse que fue ella la que se declaró.

Lionel, entonces, se consideró el hombre más afortunado del mundo, y se dispuso a conocer a su futuro suegro, Basil Basslencey, sin cuyo consentimiento no deseaba proceder. Quería hacer bien las cosas.

Basil Basslencey le recibió en su impresionante mansión, cerca de la localidad de Atssong, presentándole seguidamente a su esposa y a su otra hija.

Su esposa, Bárbara, era una mujer de expresión ausente, boba, idiotizada, y palabras balbuceantes. Tamara ya le había informado al respecto, la pobre sufrió un accidente de coche y desde entonces se hallaba en aquellas lamentables circunstancias. En cuanto a la hermana de Tamara, Betty, era dulce, recatada y cariñosa.

Antes de dar su beneplácito para la boda. Basil Basslencey quiso hablar a solas con Lionel.

—Deseo saber —se excusó con su hija Tamara— si va a poder mantenerte dignamente.

—A nosotros nos sobra el dinero —adujo ella—. ¿Qué importa que no lo tenga él si lo tenemos nosotros?

—Un hombre ha de ganar para su mujer, es cuestión de amor propio, de dignidad.

—Lionel es un magnífico ventrílocuo —dijo Tamara—. Acabará ganando lo que quiera.

— En cuanto dejemos de hablar te avisaré —repuso Basil

Basslencey—. Ahora retírate, por favor.

—De acuerdo, papá.

Cuando se quedaron a solas, el acaudalado dueño de aquella mansión no habló a Lionel de dinero, ni de nada parecido. En absoluto. Nada más lejos por lo visto de su intención. Tocó otro tema, desgraciadamente mucho más peliagudo y espinoso.

—Es preciso que lo sepa usted, Lionel —empezó así—. El estado mental de mi esposa no es debido a ese accidente de coche del que Tamara le ha hablado, sino a una demencia hereditaria. Me casé con ella creyéndola sana, normal, sus padres me engañaron... Pero no, yo no quiero engañarle a usted...

Pasados unos segundos había de proseguir:

—Tamara puede acabar como su madre, por lo menos hay muchas posibilidades de ello. A menudo sufre crisis de nervios, cada vez, lo confieso, más frecuentes y violentas... Betty es más equilibrada, más serena, ella no me inspira tantos temores...

Lionel Waggett no se esperaba aquello. Se quedó de una pieza, más blanco que el papel. Pero amaba a Tamara y no se vio capaz de dejarla. Quiso confiar en que iodo iría bien. Contestó:

—Me casaré con ella.

Basil Basslencey le abrazó, conmovido, con lágrimas en los ojos, asegurándole que jamás le agradecería bastante la felicidad que iba a proporcionar a su hija. Le dijo, también, que no necesitaba seguir trabajando. Toda su fortuna quedaba a su entera disposición.

Lionel amaba su trabajo, su profesión, además, no era hombre capaz de vivir a expensas de su mujer. Así que le dijo a su futuro suegro que le agradecía mucho su ofrecimiento, pero que seguiría en el camino que había emprendido.

Basil Basslencey no insistió en ese sentido. Pero sabía que Lionel vivía con una hermana pequeña, y tan pequeña, que aún no había cumplido los diez años. Sus padres la tuvieron cuando ya casi no podían esperar que les visitara la cigüeña, siendo aquello, qué duda cabe, una maravillosa sorpresa. Por desgracia, sus padres habían muerto y los dos hermanos se habían quedado solos.

Pues bien, Basil Basslencey, profundamente agradecido al hombre que aun sabiendo la verdad no rechazaba a su hija Tamara, se empeñó en que, a partir del día de la boda, su hermana viviera allí, en la mansión, como una más de la familia.

Lionel aceptó. Para él significaría mucho no tener que preocuparse del bienestar de Annabell. Máxime cuando su trabajo, como es lógico, sin duda le 'levaría de un lugar para otro.

La bosa se celebró pocos meses después y de momento todo fue bien. Todo fue felicidad. Aunque en los ojos de Betty, siempre dulce, recatada y cariñosa, se leía una pena muy grande. Se había

enamorada de Lionel y saltaba a la vista. No podía hacer nada por ocultarlo.

Tamara quedó embarazada. Tuvo un hijo.

Un niño que durante los tres primeros años fue la alegría y la dicha de sus padres y de su abuelo.

Después ya no...

El niño, conforme iba creciendo, iba dando muestras de no ser normal, de padecer de esquizofrenia.

También Tamara, por aquel entonces, empeoró. Sus crisis nerviosas eran ya tan frecuentes que a diario se enfadaba, chillaba, y daba, en conclusión, auténticos espectáculos.

Todo apuntaba hacia un desenlace desgraciado, irreversible. Y esto tanto respecto a la madre como al hijo. Eran ya, evidentemente, dos enfermos mentales.

El niño solía jugar de un modo cruel, perverso. Hacerlo de otro modo no le distraía. En una ocasión, aún no había cumplido los cuatro años, ahorcó a un perro. Mientras le acariciaba el lomo le puso una soga alrededor del cuello y luego, de pronto, ¡zas!, le dejó colgado de la rama de un árbol. En otra circunstancia cogió al gato y le ató una gruesa piedra a una de las patas. Luego llenó de agua la bañera y le echó allí, ahogándole.

En cuanto a Tamara, su locura desencadenó en una manía persecutoria que le hacía reaccionar agresivamente cuando se hallaba ante la persona que creía que le acosaba.

Así estaban las cosas, cuando, para colmo de contrariedades, Basil Basslencey se vio aquejado de una dolencia cardíaca que exigió su inmediato traslado a una clínica. Pocas horas después era intervenido quirúrgicamente.

La operación fue todo un éxito y pasados doce días pudo regresar al hogar fuera ya de todo peligro.

Sin embargo, durante aquellos días había sucedido la tragedia, el drama. Fue terriblemente difícil tener que explicárselo.

Todo había pasado de pronto. Tan de pronto que se vieron obligados a tomar la más drástica de las determinaciones.

A Tamara le dió un violento ataque de locura y fue preciso recurrir a la camisa de fuerza. Esperaron que el ataque le pasara y que aún fuera posible seguir teniéndola en casa. Pero no hubo nada que hacer. El ataque fue aumentando de proporciones hasta que el doctor se vio obligado a aconsejar su internamiento en un sanatorio psiquiátrico.

Lionel no quiso ni hablar de ello. Pero intervino Florinda, la vieja criada todo lealtad y fidelidad hacia los Basslencey, e intervino asimismo tío Bruce y tía Rita, que casualmente se hallaban de visita, y todos coincidieron en que, en semejante circunstancias, no cabía en verdad otra alternativa. ¡Ah!, Betty fue la única que se abstuvo de

todo comentario, de toda opinión. Lionel, finalmente, autorizó el traslado de su esposa.

Cuando metían a Tamara en la ambulancia, su hijo, crispada la expresión, fuertemente cerrados los puños, alocados sus ojos negros, corrió hacia ella y se colgó de su cuello.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó.

No hubo modo de apartarle de su madre, así que consideraron oportuno dejar que hiciera el viaje con ellos. Ya les separarían en el último momento.

Lionel se metió en la ambulancia. El alma se le partía teniendo que internar a Tamara, a quien, pese a todo, seguía queriendo.

El conductor de la ambulancia optó por dirigirse hacia la carretera que bordeaba el rocoso litoral. Por allí acortarían mucho trecho y llegarían antes.

Así lo creía.

Pero no fue de este modo.

Fallaron los frenos y la ambulancia, tras dar dos vueltas de campana se despeñó del modo más espantoso por el rocoso acantilado.

Sólo uno de los ocupantes de la ambulancia había de salvarse. Esta persona fue Lionel. La puerta trasera se había abierto, como por puro milagro, y por allí fue expulsado antes de que fuera demasiado tarde.

El coche cayó, tropezando una y otra vez de forma escalofriante contra las rocas. Acabó despeñándose en el mar.

Resultaron inútiles los esfuerzos por rescatar los cadáveres.

Por lo que respecta a Basil Basslencey, le dijeron lo que había sucedido cuando regresó a la mansión ya casi totalmente restablecido de la intervención quirúrgica que le habían practicado a corazón abierto. Lloró tan amargamente que temieron que no pudiera soportarlo.

A Lionel también le costó remontarse. Había perdido a su esposa y a su hijo, a ambos a la vez. Aquello fue un golpe muy duro.

Pero Lionel amaba, adoraba su profesión, y se refugió en su trabajo para olvidar todas las pasadas desdichas. Por aquel entonces actuaba con un muñeco vestido de payaso. El público se reía, lo pasaba muy bien. Resultaba chispeante la comicidad del muñeco. Desde luego, Lionel Waggett era un gran ventrílocuo.

Pero fue pasando el tiempo y su muñeco, el payaso, empezó a cansar al público, sus gracias eran siempre las mismas.

Lionel buscó otros muñecos. Se afanó por cambiar su imagen, su manera de actuar.

No, no consiguió la aceptación del público.

Hasta que el señor Holm, un fabricante hasta entonces desconocido para él, le ofreció a Nelson…

—Lo he fabricado pensando en usted —le dijo.

Empezó a actuar con Nelson. Y llegó el éxito soñado. Un éxito realmente apoteósico.

*

—Y esto es todo respecto al pasado… —concluyó diciendo Annabell al psiquiatra.

—¿Qué te parecería si nos fuéramos a cenar juntos? —y fue ésta la inesperada invitación de Frank Cobb.

—¿A cenar juntos?

—Sí, eso he dicho —sonrió.

—Es usted muy amable —sonrió ella a su vez, adulada al ver del modo tan acariciante que la estaba mirando el psiquiatra.

—Puedes desterrar eso de hablarme de usted —dijo él—. Si voy a ir a tu casa y si voy a presentarme como amigo tuyo, se impone el tuteo.

—Sí, claro —admitió ella—. No había pensado en eso.

—Pues hay que pensar en eso y en todo. Así que, no se hable más, después de la cena iremos a bailar.

—No suelo trasnochar.

—Un par de bailes nada más. ¿Cómo, si no, voy a tener la excusa de estrecharte entre mis brazos?

CAPITULO IV

La vieja sirvienta de la casa, Florinda, acababa de darle al interruptor de la luz al entrar en el dormitorio de Lionel Waggett.

Desde que éste había llegado en el coche, con Nelson sentado a su lado, ella había deseado contemplar de cerca al muñeco.

Hasta entonces no había podido hacerlo. Lionel había dicho al mayordomo que metiera el muñeco en su correspondiente estuche y el criado, por descontado, así lo había hecho.

Ahora, Florinda entraba en el dormitorio del ventrílocuo para ver de encontrar el estuche, que sin duda estaría metido en el armario de tres cuerpos.

En efecto, allí lo encontró. Puesto de pie.

Florinda sacó el estuche del armario y lo puso sobre la cama. Hecho esto lo abrió.

Apareció el muñeco, con los ojos redondos, saltones, muy negros. Sus cabellos rubios, muy rubios. Su smoking de color rojo, lo mismo que su corbatín y sus zapatos. Apareció allí metido, pero doblado por la mitad, Así ocupaba menos sitio.

Florinda alargó la mano y le tocó, pero al acto, de forma instintiva, dió un paso atrás. Había tenido la sensación de que aquella epidermis era humana.

Tal vez, aquello, se debiera a que había oído como Lionel hablaba con su hermana Annabell asegurándole que el muñeco tenía vida propia.

Florinda pensó que había hecho mal en abrir el estuche. Así que, sin más dilaciones, cerró de nuevo la tapa.

Pero no oyó el *creec* del cierre. Así, pues, aquello había quedado mal cerrado, simplemente ajustado, a punto de abrirse.

Pocos instantes después, Florinda había colocado' el estuche en el armario, de pie, tal como lo había encontrado.

Sin embargo, fuera ya del dormitorio, decidió volver sobre sus pasos. En esta ocasión para nada relacionado con el muñeco. Simplemente, quería ver si habían sido debidamente colocadas en el armario las camisas recién planchadas. Era la más antigua de las sirvientas y le correspondía el orden y la dirección de la casa desde hacía años.

Pero antes de dirigir de nuevo la mano hacia el interruptor de la luz, oyó un ruido extraño. Había salido de dentro del armario.

Florinda se asustó muchísimo, tanto que dio un traspié y de poco se cae al suelo. Luego se quedó envarada.

El ruido volvió a dejarse oír. Sí, salía de dentro del armario.

Era ya de noche, pero el cielo no estaba excesivamente oscuro, así que desde la bóveda celeste se colaba cierta claridad a través de los cristales de la ventana.

Esa luz resultó suficiente para que la vieja Florinda viera como se iba abriendo, poco a poco, una de las puertas del armario.

Unos instantes más tarde, Nelson había salido y estaba ya allí, fuera del armario, estaban más redondos y saltones que nunca sus ojos. Más rubios que nunca sus cabellos. De color rojo, como siempre, su smoking, su corbatín y sus zapatos.

—No, no... —y la vieja Florinda atrajo con sus entrecortados jadeos la atención del muñeco.

Este volvió hacia ella su mirada. Una mirada cruel, perversa, satánica.

—No, no... —de la garganta de la vieja Florinda salió un sonido ronco, claro exponente del más supremo de los pánicos.

—Ya me doy cuenta, te asusto... —se oyó perfectamente la voz de Nelson—. ¿Temes acaso que acabe contigo como hice con el hombre borracho que salía de la posada?

La vieja sirvienta sintió que el frío de la muerte le entraba en los huesos, en los tuétanos.

—Creía que eras sólo un muñeco... —musitó.

—No soy un muñeco. Tócame y convéncete de ello —había dado varios pasos hacia adelante.

Florinda rozó aquella mano que se extendía hacia ella. Sí, era una mano como la de cualquier otro ser humano.

-¿Qué explicación tiene esto? —el corazón de Florinda era un caballo desbocado, frenético, pegando golpes en la mitad de su pecho —. ¿Qué explicación...?

—Vas a quedarte con la curiosidad de saberlo porque no puedo perder tiempo y voy a matarte —contestó la voz de Nelson.

—Quieres asustarme —dijo Florinda— y lo estás consiguiendo. Pero yo sé que los niños no matan a nadie...

—¿Sigues pensando así? —y Nelson acababa de meter y de sacar la mano del bolsillo de su smoking, empuñando un afilado cuchillo.

Florinda sintió que la sangre se le helaba, se le congelaba, se hacía puro hielo en el interior de sus venas.

—Deja el cuchillo, vas a cortarte...

—Acabaré contigo lo antes posible, me esforzaré por no hacerte sufrir... —y la mirada de Nelson seguía siendo cruel, perversa, satánica.

—Deja de bromear...

Dicho esto, Florinda intentó salir de la habitación lo más rápidamente posible. Se trataba de huir.

Pero Nelson le puso una zancadilla y la vieja sirvienta fue a parar

al suelo.

Cuando intentó levantarse, el zapato rojo de Nelson, aplastándole el pecho, le impidió hacerlo.

—Quieta, quieta... —y Nelson se rió, siniestra, horriblemente, como si aquello fuera lo más divertido del mundo.

En el límite del espanto y del pavor, horrorizada hasta no poder estarlo más, Florinda se vio incapaz de moverse. Era como si de pronto se hubiera quedado paralizada.

Fue entonces cuando Nelson se agachó y le desgarró el vestido. De ser un adulto y de ser Florinda una mujer joven, aquello hubiera tenido las trazas de una violación.

Pero Nelson era sólo un niño de unos once años y Florinda sólo era una anciana. Así que la intención tenía forzosamente que ser otra.

Se trataba, en realidad, de dejar al descubierto el pecho de la nueva víctima.

Relució espeluznantemente el cuchillo...

—No, no... —y Florinda jadeó de nuevo.

Un jadeo angustioso, desesperado.

No mucho después gritó. Un grito cuajado de terror que resonó en toda la mansión.

Cuando unos y otros acudieron a ver lo que sucedía, encontraron a la vieja sirvienta en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Un tajo enorme le abría el pecho, más a la izquierda que a la derecha, y por el horrendo y escalofriante agujero le asomaba el corazón. Un corazón que ya no latía.

*

Lionel Waggett se había quedado con la boca semiabierta, con la saliva detenida, sin acertar a tragársela.

—¿Está enferma? —preguntó Bárbara, con su expresión ausente, boba, idiotizada.

—La han matado —contestó Basil Basslencey, un marido acostumbrado a que su mujer no comprendiera nada de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Quién ha podido hacerlo? —y la pregunta de Betty dejó en el aire temblores de angustia.

—Aquí no hay nadie, ni hemos visto salir a nadie —observó Verónica, la llamativa amiga de Betty.

—Hay que avisar a la policía —dijo Basil Basslencey, tras una pausa en la que el horror pareció llenarlo todo.

—¿Quiere que telefonee yo? —preguntó el mayordomo, uno más a llegar hasta allí ante el grito de la infeliz Florinda.

—Lo haré yo mismo —repuso el dueño de la mansión.

Todos salieron tras él. y Lionel se encontró solo en su dormitorio. Solo con el cadáver de aquella vieja sirvienta y con su corazón que, asomando entre el atroz tajo, se hallaba siniestramente a la vista de cualquiera.

La mirada de Lionel se dirigió, poco a poco, hacia el armario de tres cuerpos. Hacia el lugar donde había dejado él estuche con el muñeco dentro. Tenía que ver si seguía allí.

Pero se sentía terriblemente asustado. ¿Y si abría el estuche y Nelson no estaba allí?

Se decidió a averiguarlo. No podía dejar de hacerlo. Después de lo sucedido al hombre borracho…

Sacudió la cabeza, intentando desaturdirse, desacomplejarse. Un simple y vulgar muñeco, se dijo, no puede, no puede, no puede en modo alguno matar a nadie. Tenía que convencerse de ello.

Sin embargo, en tal caso, ¿por qué había encontrado aquel cuchillo ensangrentado en su bolsillo? Además, el hombre borracho lo dijo bien claro, un niño vestido con un smoking de color rojo se le había acercado y le había dicho que iba a matarle. Otro de los parroquianos de la posada aseguró que Nelson se había movido dentro del coche.

En conclusión, no podía estar seguro de que Nelson fuera un ingenuo e inocente muñeco. Podía ser, trágicamente, aterradoramente, algo más. Algo que había ya acabado con su tranquilidad y que amenazaba con destrozar, con aniquilar su futuro.

Ya con el estuche ante sus ojos, Lionel alargó sus manos hacia la tapa. Sus manos temblaban de un modo ostensible.

No obstante, se decidió. Era preciso hacerlo. No le quedaba otra alternativa.

Levantó la tapa.

Sí, allí estaba el muñeco. Quieto, inmóvil. Como si no se hubiera movido. ¡Pero de sus ojos redondos, saltones, muy negros, salía una mirada cruel, perversa, satánica!

Lionel Waggett así lo hubiera jurado.

CAPITULO V

Frank Cobb se presentó en la mansión a la hora acordada. Un par de minutos antes para ser exactos. Llegó en un coche de color crema.

Así que el mayordomo le abrió la puerta, preguntó por la señorita Waggett exponiendo su deseo de saludarla. Dijo ser un amigo de ella. En eso habían quedado.

Annabell le recibió en seguida, saludándole con afecto y simpatía. Como correspondía al plan trazado.

Pero Frank Cobb se dió cuenta, en seguida, de que algo había sucedido y de que no era nada agradable, esto hubiera podido asegurarlo.

En efecto, pronto se enteró de que la noche antes, mientras cenaba acompañado de Annabell, alguien, en aquella casa, había cometido un crimen. La víctima había sido la vieja sirvienta.

Frank, que fue presentado por Annabell como un simple amigo, fue conociendo uno a uno a las personas reunidas bajo aquel techo.

Estaba allí el dueño de la mansión, Basil Basslencey, todo lo educado y correcto que ya se esperaba. Estaba allí también, a su lado, su esposa Bárbara. Su expresión ausente, boba idiotizada, lo decía todo por sí misma.

Conoció a Betty, siempre dulce, recatada y cariñosa. Debía haber cumplido ya los treinta y seis años. Seguía, no obstante, teniendo aniñadas las facciones.

En cuanto a Verónica. la amiga de Betty, el joven psiquiatra se quedó con las ganas de soltar un silbido de admiración. Joven, llamativa, insinuante. ¡Caramba, que no esperaba encontrarse con una preciosidad como aquélla!

Verónica le lanzó una de sus más incendiarias miradas, y Frank, que entendía de esas cosas, como de muchas otras, se dijo que podría acostarse con ella así que se lo propusiera.

Carraspeó un poco, para aclararse la garganta o tal vez los malos pensamientos, y seguidamente miró a Lionel, al hermano de Annabell. A quien, por descontado, dedicó más atención que a los demás. Era por él por quien estaba allí.

Pero allí en el amplio y confortable salón, con chimenea encendida, mueble bar generosamente surtido y sillones y sofás para todos los gustos, había tres personas más.

Una señora alta y delgada, de unos cincuenta años. Y un hombre de unos sesenta, de expresión afable. Eran los tíos de Lionel y Annabell. Tío Bruce y tía Rita.

En cuanto a la tercera persona que se encontraba en aquella

estancia, era un sujeto recio, ancho de espaldas.

—El inspector Dassin —le presentó Annabell.

—Mucho gusto —dijo Frank.

—Conque usted es amigo de la señorita Annabell Waggett, ¿eh? —y el inspector pareció haber encontrado un detalle a considerar.

—Sí —asintió Frank.

—¿Conocía usted a la víctima? —quiso saber el inspector.

—No.

—¿Es, acaso, la primera vez que viene a esta casa?

—Sí, la primera.

— Bueno, bueno... —no terminaba de tener muy claras las ideas, así que el inspector Dassin optó por decir—: Regresaré en otro momento y entonces proseguiré con los interrogatorios.

—Quedamos a su disposición —dijo Basil Basslencey.

Así que el inspector Dassin se retiró, Annabell se dispuso a invitar a comer a Frank Cobb. Pero no tuvo necesidad de hacerlo, la invitación partió del propio Basil Basslencey.

—Es usted muy amable. Acepto encantado —respondió Frank.

—Puede quedarse un par de días, o los días que desee —Basil Basslencey ampliaba la invitación—, ¡No faltaría más!

—Muchas gracias.

A partir de ese momento, y tal como estaba planeado, Frank se dedicó a observar a Lionel, y a dialogar con él, y a tratar de averiguar qué clase de insondable y extraño abismo era aquel en que iba cayendo.

Se encontró con un hombre, empero, que no deseaba hablar de su vida, ni tampoco de su pasado. Un hombre, en conclusión, que se cerraba dentro de sí mismo como un caracol.

Pero Frank Cobb no ignoraba de qué iba el asunto y supo por dónde abordarle y por dónde, en conclusión, empezar a aproximarse a él.

Sin embargo, Lionel Waggett no era fácil de engañar. Por lo demás, conocía muy bien a su hermana. Lo suficientemente bien para que, a solas con Frank Cobb, no tardara en decirle:

—Mi hermana le ha pedido que viniera —y sin esperar que Frank asintiera o negara—. Usted es doctor, psiquiatra, ¿verdad?

—Bueno —sonrió Frank—, si me lo pregunta así, tan a las claras, no puedo negárselo.

—Es mejor así —convino Lionel. Había de agregar seguidamente —: Hablando sinceramente nos entenderemos mejor.

—Estoy convencido de ello.

—Pero para entendernos —aclaró Lionel— usted ha de creer lo que yo le cuente. Sí, ha de creerme —se reafirmó en lo que decía—. O no habrá nada que hacer.

—Siempre hay algo que hacer.

—Mi hermana cree que estoy enfermo.

—¿Y no lo está? —preguntó—. Sólo en cierto modo, claro. A veces, un exceso de trabajo y los nervios en tensión, y sin duda dormir mal por las noches, nos lleva a soportar un estado de ánimo que a la larga...

—Por favor —Lionel acababa de interrumpirle—, no estoy mal de la cabeza.

—Nadie dice que lo esté —aseguró Frank.

-Pero usted sabe lo que yo opino de Nelson... —la voz salió de su garganta con un temblor cargado de alarma.

—Algo totalmente absurdo —sentenció Frank Cobb.

—¿Usted cree? —ironizó—. Yo también lo creía así, al principio. Ya no. desgraciadamente ya no.

—Explíqueme en qué se basa para asegurar...

—Se lo ha explicado ya Annabell, ¿no es eso? —le había interrumpido por segunda vez. En esta ocasión medio se justificó—, Compréndame, sólo hablar de ello y ya se me erizan los cabellos.

—No va a ganar nada dejando de hablar —aseguró Frank.

No pudieron seguir con la conversación. Verónica había aparecido en el umbral de la puerta.

—¿Estorbo? —preguntó.

—Usted no puede estorbar nunca —dijo Frank con una mirada que se congratulaba de contemplar tantos encantos reunidos.

Verónica se acercó a ¡os dos hombres. Hecho lo cual, y apenas tomó asiento, había de reconocer:

—Estoy asustada.

—Sí, claro —asintió Frank—, un crimen es siempre un hecho poco tranquilizador.

—¿Quién pudo matar a esa pobre mujer? ¿Y por qué? Me lo he preguntado cien veces, y no encuentro la respuesta.

—Tampoco la encuentra el inspector Dassin —dijo Frank—. Pero démosle tiempo.

—El inspector Dassin parece sospechar de uno de nosotros —repuso Verónica—. Yo al menos he sacado esta conclusión. Pero es absurdo... ¿Por qué, cualquiera de los que estamos aquí, íbamos a querer acabar con esa pobre mujer?

—No, tengo la menor idea, se lo aseguro —dijo Frank.

—Me dan ganas de volver a mi casa —había de decir seguidamente la guapa muchacha—. Eso de pasar aquí un par de semanas ya no me seduce en absoluto.

—Es comprensible —observó Frank.

—Sin embargo —hizo constar Verónica—, yo no debiera regresar hasta que... —pero no terminó la frase.

Frank Cobb se quedó convencido de que Verónica estaba allí, en aquella casa, por algo concreto. Por algo más concreto que pasar un par de semanas en compañía de su amiga Betty.

Pero no era el momento de hacer preguntas a la muchacha. Así que se calló.

Poco después, Verónica se había levantado y se había ido. Por lo visto estaba demasiado nerviosa para permanecer mucho tiempo en el mismo sitio.

Fue entonces cuando Lionel, que durante la presencia de Verónica no había pronunciado una sola palabra, dijo las siguientes:

—Estoy convencido de que ha sido Nelson quien ha matado a la vieja sirvienta. Como mató al hombre borracho cuando salía de la posada...

—¿Pero qué dice...? —Frank había dado un respingo.

—Lo que ha oído —y le refirió todo lo sucedido cuando él se detuvo en la posada.

—Su hermana me habló de su muñeco, de que usted le concede una personalidad propia, una personalidad tan viva que incluso siente que anula la suya. Yo deduje, que usted se hallaba dominado por una idea perturbadora, por descontado absurda e irrazonada, pero que, pese a serlo, restringía y tasaba su voluntad y su juicio. Supuse que todo se arreglaría dando con la auténtica motivación de tan insólita confusión, de tan anómala tergiversación. Pero me doy cuenta..., me doy cuenta... —dijo y repitió Frank—, de que el asunto es más grave de lo que supuse en un principio.

—Mucho más grave —repuso Lionel Waggett, y sentenció acto seguido—: Nelson es un peligroso asesino.

Pero una vez dicho y afirmado esto, Lionel volvió a cerrarse en sí mismo como un caracol. Y ya no hubo forma de que saliera de allí.

*

En la estancia contigua, el despacho, Basil Basslencey estaba preguntando a Annabell:

—Ese joven es el psiquiatra al que ayer fuiste a consultar, ¿verdad? —y cuando la muchacha hubo asentido—. Por eso le he invitado a pasar aquí unos días. Conviene que tenga a Lionel en rigurosa y prolongada observación, sólo así podrá llegar a conclusiones válidas.

—Sí, claro —asintió la muchacha.

—Es un caso poco corriente, y me siento muy preocupado por Lionel, te mentiría si te dijera otra cosa. Hay que atenderle y medicarle si es preciso, único modo sin duda de que su crisis no abogue en una situación irreversible.'

—Sí, claro —volvió a decir la muchacha.

—Pero todo se arreglará, estoy seguro —dijo Basil Basslencey— Ese joven psiquiatra parece muy capacitado, muy competente, exactamente lo que nos hace falta.

—Eso me parece a mí también.

—Pero tendrá que actuar con mucho tacto, Lionel puede llegar a sospechar que no es un simple amigo tuyo, sino alguien, enviado por nosotros, para que le psicoanalice. Yo diría —puntualizó— que en realidad lo sospecha ya.

—No me extrañaría —repuso Annabell—, Lionel no tiene nada de tonto. Como sea, lo de menos es que llegue o no a sospechar la verdad. Con tal que quiera colaborar… Porque es fundamental que quiera hacerlo. Sólo si se sincera del todo, desnudando auténticamente la realidad, y explica exactamente lo que siente y lo que teme, y lo que le turba y le trastorna, el doctor Cobb podrá bucear en su cerebro y escudriñarlo y buscar los porqués de todo ello. Bueno —prosiguió la muchacha—, supongo que aunque no se sincere con el doctor, éste sabrá llegar igualmente al trasfondo de su mal. Pero en tal caso su cura será mucho más larga, esto es indudable.

— De una forma o de otra, esperemos que todo acabe bien. Ya ha habido en esta casa —puntualizó Basil Basslencey— bastantes dementes… —pero esta última palabra la pronunció tan bajo que apenas se oyó—. En verdad, aún sigue estando mi esposa tan loca como siempre. Aunque su locura es pacífica, inofensiva, todo hay que decirlo.

Como si pretendiera reafirmar esta aseveración, Bárbara dejó oír una tosecita desde unos cuantos metros atrás, y cuando ellos se volvieron, la oyeron decir:

—Florinda está muerta, todos dicen que está muerta… Me entran ganas de llorar, de llorar a lágrima viva… Hace ya muchos años que nos servía con lealtad, ¿verdad que hace ya muchos años? Bueno, será mejor que me distraiga y olvide lo sucedido.

—Sí, distráete y olvida —dijo Basil Basslencey—. Lo contrario no conduce a nada.

—¿Y Betty? —preguntó Bárbara—. ¿Sabéis dónde está? —y opinó por las buenas—. Hace días que la encuentro rara, distinta. Sí, está distinta desde que Lionel ha vuelto. ¿Sabéis lo que os digo? Betty y Lionel harían una buena pareja.

CAPITULO VI

Apenas se levantaron de la mesa, Frank le preguntó a Annabell si quería salir a dar un paseo en su compañía.

—Claro que sí —contestó la muchacha.

Verónica había fruncido el entrecejo. Le había sabido mal no ser ella la elegida.

Pero pensó que no debía desanimarse. Ya llegaría su oportunidad. Y entonces la aprovecharía, y tanto que sí. Ella no dejaba escapar oportunidades que valieran la pena.

Fuera de la mansión, ambos ocupando ya los asientos delanteros del coche color crema, Annabell quiso saber:

—Supongo que vamos a algún lugar en concreto, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo Frank.

—Pero, ¿adónde? —y antes de que el psiquiatra le respondiera—. El mal de Lionel está dentro de sí mismo, y sólo tratándole a él, y haciéndolo concienzudamente, podrás conseguir...

—El mal de Lionel no está exactamente dentro de sí mismo —repuso él—. Algo le turba, le trastorna indeciblemente cada vez que piensa o mira a su muñeco, y no sé que es, tengo que averiguarlo. Pero el poso del asunto, el fondo de todo, no está exactamente dentro de sí mismo, lo aseguraría, si no en...

—¿En qué? —preguntó Annabell, pestañeando.

—Lionel está convencido de que ha sido su muñeco el que ha matado a Florinda, como mató también al hombre borracho... Y la verdad es —subrayó Frank— que medio me ha convencido a mí.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —se sorprendió Annabell—, ¿Pues qué clase de psiquiatra eres tú? En lugar de equilibrar la mente ajena, dejas que...

— Deposita tu confianza en mí —le rogó Frank—. Y déjame que me desenvuelva a mi modo.

—¿Cuál es tu modo, si puede saberse?

—Hay que dar con el hilo de la madeja. Esto para empezar.

—¿Y cómo vas a conseguirlo? ¿Y qué hilo en realidad buscas? No entiendo nada.

—Ahora vamos a ir a la posada donde tu hermano se detuvo... La niebla se había hecho más densa, más compacta, y consideró arriesgado conducir en tales condiciones y... No estoy seguro de que yendo por esa posada consiga averiguar algo, pero no hay que desanimarse antes de tiempo, ¿no eres de mi mismo parecer?

Pero el parecer de Annabell no llegó a oírse. Frank le había dado al motor del coche.

Poco después entraban en la posada haciendo sonar la alegre campanilla de su puerta.

Les recibió un calorcito nada despreciable, lo que ya era habitual allí. Por lo que sin duda seguían siendo numerosos los parroquianos.

Se sentaron en una de las mesas más apartadas. Se trataba de buscar un lugar discreto, donde, cuando se terciara, se pudiera hablar con tranquilidad.

—Una cerveza para mí —pidió Frank cuando la posadera se acercó a preguntarles qué deseaban—, ¿Y para ti, Annabell?

—Lo mismo —dijo la muchacha, y al quedarse solos amplió—. Oyéndote hablar se me ha quedado seca la boca.

La posadera, entrada en carnes y aún joven, con un escote siempre generoso, se agachó intencionadamente al serviles las consumiciones.

Frank echó una mirada a los tersos y voluminosos senos.

—Tome —le alargó un par de billetes—. Las cervezas y la propina. Pero siéntese con nosotros, por favor. Me gustaría hacerle un par de preguntas.

—A su disposición, señor —a la posadera le había encantado la generosa propina.

—Pero siéntese, por favor —insistió Frank.

—Con su permiso, señor. Con su permiso, señorita —y añadió—: Pueden preguntarme lo que deseen.

El psiquiatra le habló del hombre borracho que había muerto asesinado junto a la carretera, indudablemente a menos de veinte metros de la posada.

—¡Oh, sí, fue horrible! —exclamó la posadera—. Aún no me lo saco de la cabeza.

—¿Qué puede decirme de la víctima? —preguntó Frank Cobb—. Es extraño que alguien mate por el simple, hecho de hacerlo, por lo menos no es muy corriente. Sin duda el asesino tendría algún motivo...

—Oh, no, ese hombre no era más que un pobre borracho, que nunca hacía mal a nadie —aseguró la posadera—. Sólo se lo hacía a sí mismo, a su estómago, a su hígado. Claro que —convino— a menudo se enfadaba y discutía con unos y otros. Pero eran enfados sin importancia, siempre por nimiedades.

—¿Está segura?

—Del todo. Por lo demás, últimamente casi nadie le hacía caso. Todo el mundo estaba harto de las cosas que decía que había visto...

—Pare, pare —le interrumpió Frank—, ¿qué es lo que decía que había visto?

—Y oído —especificó la posadera.

—Se lo ruego, refiérame todo eso con más detenimiento, ¿quiere? Se lo agradeceré muchísimo.

La posadera recordó la propina.

—No faltaría más —y tras echar un vistazo a su alrededor y darse cuenta de que nadie reclamaba sus servicios, empezó a decir—: Todo eso empezó hace ya años. ¿Conoce usted la mansión que se alza cerca del bosque, a menos de una milla de Atssong?

—Sí —asintió Frank.

—Yo no conozco a sus moradores —repuso la posadera -pero por aquí es frecuente que alguien hable y comente el drama que encierra sus vidas. Pues como le decía, todo empezó hace ya años. A Tamara, la hija del señor Basslencey, el dueño de la mansión, fue preciso sacarla en una ambulancia camino de un centro psiquiátrico. En cuanto al hijo de Tamara Basslencey, que por aquel entonces tendría unos cuatro años, no se resignó a ser separado de su madre, así que le dejaron que les acompañara. Debieron pensar que para separarle de su madre a la fuerza siempre había tiempo.

La posadera se interrumpió Pero sólo unos brevísimos instantes. Para respirar hondo, coger aire bajo sus voluminosos senos y proseguir:

—La ambulancia optó por ir por la carretera de la costa y fue allí donde se despeñó. Todos sus ocupantes perecieron, a excepción del esposo de Tamara Basslencey, un joven artista, ventrílocuo, .ya sabe usted, de esos que hablan sin mover ¡os labios, que dicen que sacan la voz del estómago, que varían a voluntad el tono, las inflexiones y todo eso... Bueno, hasta aquí la historia que la gente no desconoce. Pero el hombre borracho...

—Diga, diga —Frank le animó a proseguir, convencido de que todo aquello iba a ser muy interesante.

—El hombre borracho, que pasó casualmente por aquella zona de la costa unos días después del accidente, aseguraba que oyó llantos de niño y que bajó entre las rocas a buscarlo, a rescatarlo. Aseguraba que lo vio y que era el hijo de Tamara Basslencey. Sólo que él no pudo llegar hasta allí y tuvo que ir a buscar ayuda.

—¿Y...? —inquirió Frank.

—Cuando llegó con la ayuda que había ido a buscar, nadie encontró al niño, así que todos dieron por descontado que el hombre había estado borracho una vez más. Pero él se negaba a admitirlo y afirmaba que en esa ocasión estaba más sobrio que nunca.

—¿Y esto es todo? —preguntó Frank, no queriendo que a la posadera le quedara nada en el tintero.

—No, no es todo. Ese hombre decía también que por las noches había luz en el pabellón de caza de los Basslencey. Una tenue, difusa y oscilante luz, como de velas, como de fantasmas que se alumbran llevando candelabros. Pura imaginación de ese hombre —opinó la posadera—. Por lo que yo sé, en el pabellón de caza de los Basslencey,

situado en medio del bosque del cual son propietarios, hace ya muchos años que no entra nadie. En otros tiempos sí, cuando se organizaban cacerías. En fin, que ese hombre siempre se estaba inventando historias como ésas. Así que, lo que le decía, la gente estaba ya harta de escucharle. Pero de eso a matarle por algo, puedo asegurarle que no

—Bueno, muchas gracias por iodo —Frank Cobb ya estaba satisfecho con lo que sabía—. Ha sido usted muy amable, señora.

—Quedo a su disposición —y la posadera se levantó y se fue un tanto apresuradamente hacia la barra, donde un parroquiano estaba dando con el puño, solicitando de esa guisa la atención que no se le concedía—, ¡Ya voy! ¡Ya voy!

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Frank a la muchacha.

Annabell no había intervenido para nada en aquella conversación. Ella se había limitado a escuchar y a intentar sacar conclusiones, que no había sacado. Todo aquello era demasiado confuso. Estaba hecha un lío.

—¿Qué te ha parecido a ti? —preguntó a su vez.

—Que quizá el hombre borracho no estaba tan borracho como la gente suponía.

—Entonces, ¿das como posible que no muriera el hijo de mi hermano?

—Creo posible, incluso, que siga viviendo.

—¿En el pabellón de caza?

—Exactamente.

—¡Pero pensar eso es ilógico, descabellado! —exclamó Annabell —. Además, ¿qué tiene que ver todo eso con lo que le sucede a Lionel con su muñeco Nelson?

*

Regresaron a la mansión. No dijeron donde habían estado ni lo que habían averiguado, si es que realmente habían averiguado algo.

Habían quedado en que aquel asunto lo iban a llevar entre ellos dos. Sin meter a nadie más. Absolutamente a nadie más.

—Ni siquiera a Lionel —había puntualizado el psiquiatra—, ¿De acuerdo, Annabell?

—Lo que tú digas —le había respondido ella.

—Como primer paso importante, esta noche, a eso de las doce, que es cuando todos estarán ya en sus dormitorios, tú y yo nos reuniremos en el vestíbulo y saldremos... —había detallado Frank antes de detener el coche ante la mansión.

—¿Saldremos? ¿Adónde? —Ia muchacha había sentido que la idea le cosquilleaba por dentro.

—Iremos a echar un vistazo al pabellón de caza.

—¿Y hemos de hacerlo precisamente de noche...? —el cosquilleo se había hecho más intenso.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo? —y el psiquiatra, desde luego, no lo tenía.

—¡Oh, claro que no! —aseguró Annabell, pero diciéndose a sí misma que era una solemne embustera.

Lo dicho, al llegar a la mansión se abstuvieron de todo comentario. Se limitaron a decir que había sido aquél un agradable paseo.

Cuando ellos llegaron, Verónica parecía estar más tranquila, más relajada. Había hablado por teléfono con el inspector Dassin y por lo visto éste había logrado sujetar algo sus nervios.

Cuando vio llegar a Frank y a Annabell, se acercó a ellos.

Luego, al quedarse a solas con Frank, le dijo que se sentía más segura estando a su lado. Le hizo saber, no obstante, que el inspector Dassin le había asegurado que pronto quedaría todo esclarecido.

—Esta mañana me ha dicho que le daban ganas de volver a su casa —repuso Frank, aprovechando la ocasión para tocar ese punto, que evidentemente había quedado pendiente—. Me extraña, sinceramente, que no lo haya hecho ya.

—A mí también —dijo ella.

—Algún motivo debe haber, ¿no? —insistió.

—Desde luego —había de reconocer Verónica tras un leve titubeo.

—¿Puedo saber qué motivo es ése, o es inmiscuirme demasiado en asuntos que no me van ni me vienen?

—Me da —dijo Verónica— que si está aquí es porque todo este asunto sí le va y sí le viene.

—¿Qué quiere decir?

—Que me estoy preguntando si no es usted policía.

—Le aseguro que no.

—O detective, viene a ser lo mismo.

—Le aseguro que no —repitió—. Pero eso no quita que sea curioso. Así que sigue en pie la pregunta formulada. ¿Qué motivo le hace seguir aquí, cuando el ambiente, después de esa muerte, no ha quedado francamente nada acogedor?

—¿De veras tiene interés en saberlo?

—Sí.

—Pues voy a decírselo, confiando, por descontado, en su discreción —Frank Cobb caía bien a Verónica, eso saltaba a la vista—. Mi padre está arruinado, ¿sabe?, sólo un préstamo podría salvarle. He venido aquí enviada por mi padre. El señor Basslencey es muy rico y podría sacarnos del apuro.

—¿En qué confía usted más, en la amistad que le une a Betty o en

sus persuasivos encantos personales? Yo diría que más en esto último. ¿Me equivoco?

—No, confieso que no —dijo Verónica—. Bien mirado, Basil Basslencey es un hombre como otro cualquiera.

—Está casado —le recordó.

—Aunque yo le pagara el favor del modo que usted está insinuando. la pobre Bárbara ni se enteraría. Ya la ha conocido usted, su mente está siempre entre nubes.

—De acuerdo.

—Por lo expuesto, pues, no me voy —repuso Verónica—. Mi padre necesita urgentemente ese dinero. Sin embargo, no me parece, éste el momento más idóneo para dirigirme en tal sentido al señor Basslencey. En realidad no sé qué hacer.

—Ni yo acierto a saber qué aconsejarla. Sólo puedo decirle una cosa, que dadas las circunstancias envidio al señor Basslencey —y la mirada de Frank fue sumamente expresiva.

Tan expresiva que Verónica, ya con luz verde, no tuvo reparos en decir:

—No tiene por qué envidiarle. Usted no necesita hacerme ningún préstamo para que yo...

Se quedó con la palabra en la boca.

Alguien se les había acercado y era el propio señor Basslencey. Pero al parecer no había oído las últimas palabras que había pronunciado.

—Señor Cobb, le buscaba —dijo el dueño de la mansión.

—Me retiro... —repuso Verónica, no queriendo ser indiscreta.

—No es preciso que te vayas —observó el señor Basslencey—. Lo que voy a decirle puedes oírlo perfectamente. No es ningún secreto.

—Siendo así... —y la llamativa muchacha se quedó donde estaba.

—Se trata, señor Cobb, de Betty. Hace días que está rara, sin duda le sucede algo. Hasta mi esposa, mi pobre Bárbara, se ha dado cuenta de que se comporta de un modo extraño. Me gustaría que intentara averiguar lo que le pasa.

—Lo haré, señor Basslencey.

—Gracias, señor Cobb.

—Si desea alguna otra cosa no tiene más que decírmelo.

—Esto es todo, gracias.

—Por cierto —intervino Verónica con una sonrisa, dirigiéndose en esta ocasión única y exclusivamente al señor Basslencey— ¿por qué no me enseña ahora aquellos álbumes de sellos de los que hablábamos el otro día? Me encanta la filatelia.

Frank Cobb comprendió que la muchacha había decidido lanzarse, más o menos diplomáticamente, a la conquista de ese préstamo que su padre tanto necesitaba.

CAPITULO VII

Annabell estuvo esperando que se hiciera la medianoche.

Hacía ya rato que todos se habían retirado a sus dormitorios y el silencio era total en la mansión. Pero lo convenido con Frank era reunirse en el vestíbulo a las doce, no antes. Así que se limitaba a seguir las instrucciones recibidas.

Cuando fue la hora, Annabell abrió despacio la puerta de su habitación, salió al pasillo y bajó de puntillas la escalera.

Ya en el vestíbulo, se extrañó que Frank no estuviera allí. Pero, claro, apenas eran las doce. Llegaría de un momento a otro.

Sin embargo, en aquel preciso momento fue cuando se dio cuenta de que bajo aquel techo no había tanto silencio como se había imaginado. Alguien más se había levantado de la cama, o no se había acostado.

Esa persona estaba en el despacho y era una mujer, y hablaba quedo, de un modo acariciante, turbador.

Annabell se acercó a la puerta del despacho y agudizó el oído.

—Te he oído salir y te he seguido —pudo percibir perfectamente la voz de Verónica—, Vengo a preguntarte si te gusto...

—Una mujer tentadora gusta a cualquier hombre —la respuesta de Frank se dejó oír en un tono más alto,

—Entonces, nadie nos obliga a puritanismos tontos, ¿no te parece? Podemos pasar juntos la noche.

Dejaron de hablar. De un modo harto elocuente y significativo.

Annabell se atrevió a estirar el cuello y a mirar. Sí, en efecto, se estaban besando. Sus bocas se hallaban aplastadas una contra la otra.

Pero la verdad es que estaban a oscuras. Como a oscuras estaba el resto de la casa.

Annabell se llenó de celos, y sin saber lo que hacía, pues ciertamente ni tiempo tuvo para pensárselo, dio media vuelta sobre sí misma, se dirigió hacia la puerta de salida, abrió y desapareció por allí.

Para ir y echar una ojeada al pabellón de caza ella no necesitaba a Frank Cobb, ni a nadie. Ella sola se bastaba y sobraba.

Poco después se internaba en el bosque, donde la oscuridad se hizo más intensa. Pero no, aquélla no era una noche excesivamente oscura, así que iba a poder orientarse con facilidad.

Sin embargo, cerca ya del pabellón de caza, que ella sólo había visto en dos o tres ocasiones, de pequeña, Annabell sintió que algo se agitaba en su interior.

¿Quién le mandaba ir sola por el bosque, desafiando todos los

peligros que tal acción pudiera tal vez entrañar? Tenía que haber recordado antes, antes de actuar de un modo tan irreflexivo, que Florinda había muerto asesinada y que el asesino aún andaba suelto.

Es que le había llenado de celos que Frank estuviera besando tan entusiasmado a esa fresca de Verónica. Pero no, no debía haber reaccionado así. Que Frank Cobb la hubiera invitado a cenar y a bailar, no había significado nada especial. Claro que no.

En fin, ya estaba cerca del pabellón de caza.

Lo mejor sería seguir adelante con la tarea emprendida. Ya no era el momento de dejarse llevar por los temores, sin duda totalmente infundados.

De pronto, un ramalazo de frío pasó por su espalda.

Ya ante el pabellón, situado en un pequeño claro del bosque, vio que de allí, efectivamente, salía luz. La luz tenue, difusa y oscilante de una vela, o de varias velas. Como de fantasmas que se alumbraran llevando candelabros. ¿No era eso, o algo muy parecido, lo que había dicho la posadera?

Le dieron tentaciones de retroceder, de echar a correr con todas sus fuerzas.

Algo la retuvo allí, algo hizo que sus pies quedaran clavados en el suelo. Tal vez era su miedo. Un miedo enorme que la privó de todo movimiento.

Luego fue avanzando poco a poco. Como un autómata.

Ya junto al pabellón de caza, se acercó a la ventana cuyos cristales, por lo que vio, o por lo que no pudo ver a través de ellos, hacía mucho, mucho tiempo que nadie limpiaba. Lo mismo que si aquello estuviera totalmente abandonado.

Pero de allí surgía claridad.

Annabell se quedó donde estaba, junto a aquella ventana. Una ventana enrejada. Esperaba ver a alguien. Alguien forzosamente tenía que haber encendido aquella luz.

Pero había algo en el suelo y movió los pies. Era como una gasa, como un tul, lo que se le estaba enroscando a los tobillos. Esta al menos fue la sensación que le hizo de buenas a primeras.

No consiguió liberar sus pies, pues se trataba, simplemente, de jirones de niebla. De una espesa niebla que por lo visto había aparecido de pronto. A ras del suelo.

Sólo a ras del suelo. De momento al menos.

Volvió a mirar a través de los velados cristales de la ventana, mientras una contenida, angustiosa e inquietante tensión se adueñaba de ella, y también parecía hacerlo de las sombras de la noche y de aquella luz tenue, difusa y oscilante.

No vio a nadie a través de los cristales. Entonces se decidió a avanzar hacia la puerta de entrada.

Tal vez no hubiera nadie.

Tenía que averiguarlo.

Y en realidad seguía teniendo miedo. Cada vez más miedo. Pero no quería supeditarlo todo a los temores y a la inseguridad que sentía. Quería demostrar á Frank Cobb que era una chica valiente, que no se amedrentaba fácilmente.

Al llegar a la puerta, vio que estaba levemente entreabierta y dedujo que. quien fuera que hubiera encendido aquella luz, no debía estar dentro.

Se dio cuenta, la niebla empezaba a invadirlo todo. Ya no se limitaba a ir a ras del suelo.

Empujó la puerta, cuyas bisagras crujieron, chirriaron. Por lo que se quedó detenida en seco. Muy sobresaltada.

Pero todo siguió en silencio y Annabell se decidió a seguir empujando la puerta. Las bisagras crujieron, chirriaron de nuevo.

Ya la puerta abierta, la muchacha vio que allí no había nadie. Sólo había una cama, una mesa sobre la que estaba un sencillo candelabro con dos velas encendidas, y un viejo mueble de regular tamaño. Y había también un cofre. De esos que estamos acostumbrados a ver que contienen grandes tesoros.

Annabell no pudo contener su curiosidad y se acercó al cofre. A pesar de que sus manos temblaban, lo abrió con cierta decisión.

Y entonces se encontró con lo que menos podía esperarse. Allí dentro había un maniquí. Un armazón, con figura de cuerpo humano, de esos que se usan para probar y arreglar prendas de vestir.

Pero ese maniquí debía servir para algo distinto, diferente. No cabía duda.

La prueba, que el maniquí tenía, a la altura del pecho, una docena, o dos docenas, o más, de cortes incisivos, profundos.

¿Qué significaba aquello?

Annabell recordó como había muerto asesinada la pobre Florinda y sintió que un frío glacial se le metía, se le cobijaba en el corazón.

No terminó de asimilar todo lo que estaba sintiendo.

Oyó un ruido tras ella y giró bruscamente la cabeza con el consiguiente revuelo de sus largos cabellos dorados.

Lo que vio ante sí hizo que sus ojos oscuros se desorbitaran. Hizo que sus ojos quisieran salir de sus cuencas.

No había para menos.

Porque lo que vio, entre la niebla que la noche había arrastrado hasta el interior del pabellón de caza, era para no creerlo...

¡Ahí estaba el muñeco de Lionel! ¡Ahí estaba Nelson!

No se hallaba metido en su estuche, ni doblado en dos, ni quieto e inmóvil como solía estarlo cuando su hermano no permanecía a su lado dándole movimientos y prestándole su voz.

Estaba de pie, con su smoking rojo, su corbatín también rojo y los zapatos del mismo color. En sus ojos redondos, saltones, muy negros, había un brillo cruel, perverso* satánico. Alzaba la diestra, dejando ver un afilado cuchillo.

—¿Tú...? ¿Tú? —inquirió Annabell, creyendo que veía visiones—. No es posible... Tú no eres más que un muñeco y los muñecos no se mueven, carecen de vida...

—Yo sí me muevo —dijo Nelson—. Y aunque sólo soy un niño, sé quitar de en medio a quienes me estorban...

—¿Quieres decir...? —pero no encontró aliento para decir más.

—Quiero decir —repuso Nelson— que he sido yo quien ha matado a Florinda. También maté a aquel hombre borracho... Y ahora voy a matarte a ti...

—¿A mí? —se le había hecho un nudo en la garganta, un nudo que ni bajaba ni subía.

Nelson se acercó a ella, entre la niebla que se estaba colando del exterior y que cada vez era más espesa. Su mirada seguía siendo cruel, perversa, satánica.

Annabell pensó que tenía que huir. Pero sentía como si una lanza le tuviera inexorablemente clavada allí, junto al cofre cuyo insólito contenido había visto.

Nelson dio un nuevo paso hacia ella.

Y ella, al ver tan cerca aquel afilado cuchillo, con un gesto de horror indescriptible, infinito, soltó un alarido.

Nelson a su vez soltó una risa extraña, alucinante.

Annabell sacó fuerzas de flaqueza, esquivó el ataque que ya tenía encima y salió corriendo del pabellón de caza.

No obstante, hecha un manojo de nervios, tropezó y cayó al suelo cual larga era.

Consiguió levantarse con rapidez, mientras miraba hacia atrás y veía como Nelson salía en su persecución.

Volvió a correr, dejando atrás aquel claro. Ya en el interior del bosque, se agazapó entre una espesa maleza. Aquel lugar parecía bastante seguro. Pero el terror experimentado estaba haciendo aún palpitar violentamente el contenido de sus venas.

En ese lugar, entre la maleza, permaneció un rato.

Confiaba en que Nelson la hubiera perdido de vista.

Pero, de súbito, se llenó de terror. De un terror que amenazó con restallar dentro de ella.

Había alguien a sus espaldas y acababa de taparle la boca para que no gritara, para que ningún sonido saliera de su garganta.

No vio el afilado cuchillo, pero presintió que estaba allí, en el aire.

De un momento a otro caería sobre ella y aquello sería el final.

Annabell creyó que iba a morir de espanto. Del más sobrecogedor,

pavoroso y alucinante espanto.

*

Tío Bruce y tía Rita no dormían.

Ninguno de los dos podía conciliar el sueño. Se hallaban sumamente inquietos. ¡

Pero ni el uno ni el otro habían querido, hasta aquel momento, hacer partícipe a su conyugue de los recelos que sentían. Recelos que habían surgido a raíz de ese, al parecer, incomprensible crimen.

Porque, ¿acaso tenía sentido, lógica, que alguien se ensañara con Florinda de aquel modo? Desde luego, aquel crimen lo tenía todo de incomprensible.

—A menos que... —empezó a decir tía Rita.

—Que alguien —prosiguió diciendo tío Bruce— haya querido vengarse de ella. Me estoy refiriendo a...

—Ya sé a lo que te estás refiriendo —dijo tía Rita, estremeciéndose un poco entre las sábanas—. Cuando se habló de internar a Tamara en el sanatorio psiquiátrico, Florinda le dijo a Lionel que sí, que debía hacer lo que el doctor le había aconsejado, que no cabía otra cosa dado el estado de la enferma. La verdad es que terminó convenciéndole, no en vano era la más leal y antigua sirvienta de la casa.

—Nosotros también le dijimos lo mismo —recordó tío Bruce, y él a su vez se estremeció entre las sábanas—. Debía internar a Tamara.. Debía hacerlo o podía llegar a lamentarlo muy en serio. En aquel estado Tamara era peligrosa.

—Sí —recordó por su cuenta tía Rita—. le hablamos en estos términos. Y pesó nuestra opinión, como pesó la de Florinda.

—Y llegó la ambulancia, pusieron a Tamara la camisa de fuerza y se la llevaron.

—La única que no dijo nada de internar a Tamara —repuso tía Rita seguidamente— fue Betty. Y lo sabes bien, a mí me quedó la sensación de que, a partir de ese momento, Betty dejó de ser para nosotros la que siempre había sido.

—Simples figuraciones tuyas —aseguró tío Bruce—. Sin embargo... —reconoció seguidamente—, desde que Florinda ha muerto asesinada, temo... temo... Bueno, ni siquiera sé lo que temo...

—Yo tampoco sé decirte exactamente lo que siento, lo que me pasa. Pero tengo la impresión, eso sí, de que el pasado vuelve a estar a nuestro lado, muy pegado a nosotros. Como si todos esos años no hubieran transcurrido.

—Quizá debiéramos buscar una excusa y marcharnos de aquí lo antes posible. Mejor mañana que pasado. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —dijo tía Rita—. ¿Pero qué excusa daremos?

—No sé.

—Piensa algo.

—Sí, pensaré algo —contestó tío Bruce—, A propósito, hace un rato me ha parecido oír que alguien pasaba por el pasillo y bajaba de puntillas la escalera. No le he oído subir de nuevo.

—Estamos un poco nerviosos.

—Sí, lo estamos —convino tío Bruce.

—Anda, dejemos de darle vueltas a la cabeza e intentemos dormir. Se he hecho ya muy tarde.

—Tienes razón. Buenas noches, querida —y tío Bruce se giró hacia un lado.

—Buenas noches, querido —y tía Rita se volvió hacia el otro.

CAPITULO VIII

Antes de que cediera la presión de la mano que tapaba su boca, oyó la voz de Frank Cobb:

—Soy yo..., soy yo... —entonces la mano se aflojó.

Annabell, que se había dado poco menos que por muerta, se volvió hacia el psiquiatra con un profundo suspiro de alivio.

—Creía que era.... creía que era... —dijo—, Pero, claro tenía que haber caído en la cuenta de que la mano de un niño es pequeña, no como la tuya.

Miró la mano de Frank, grande, fuerte, todo un exponente de su fuerza física.

—Me ha parecido que alguien te perseguía —repuso el joven— y te he tapado la boca para que no delataras mi presencia, ni la tuya.

—Has hecho bien. Sí, alguien me perseguía, quería darme alcance para matarme. No vas a adivinar quién.

—No. Dímelo tú.

—El muñeco de Lionel.

—¡Vaya! —exclamó Frank.

—Era Nelson, te lo aseguro, y quería matarme —y ante el gesto de él, un gesto que le pareció ambiguo—. Pareces no creerme. Sin embargo, tú mismo, por la mañana, cuando Lionel te ha hablado de su muñeco, te ha convencido de que...

—Te he dicho esta mañana —puntualizó Frank— que me había medio convencido. Sólo medio, no confundamos.

—Era Nelson —repitió Annabell—, Puedes estar seguro de ello. ¡Lionel tiene toda la razón del mundo al afirmar que su muñeco tiene vida propia!

—Quizá la niebla te ha hecho ver lo que no era —apuntó esa posibilidad—. Como sea, me alegro de haber llegado a tiempo. Ahora ya no debes temer nada, me tienes a tu lado.

—Te creía lejos de aquí, en brazos de Verónica —confesó Annabell —. He visto como os besabais...

—Es una muchacha muy tentadora y muy asequible —reconoció Frank—, pero no iba por ella a dejar de acudir a nuestra cita. Tenías que haberlo comprendido así, y esperarme. Venir sola hasta el pabellón de caza ha podido costarte caro.

—Sin embargo —dijo Annabell—, tú no crees lo que te he dicho, eso de que el muñeco de Lionel haya querido matarme...

—Yo sólo he dicho que quizá la niebla te ha hecho ver lo que no era. Pero sí, te creo —admitió—. Creo que alguien ha querido matarte. Sin embarro, falta por averiguar quién ha sido.

—Ha sido Nelson —dijo la muchacha—. El muñeco de mi hermano. Ese muñeco que todos creen metido dentro de un estuche, doblado en dos, quieto, inmóvil...

—¿Dónde le has encontrado? ¿Dentro del pabellón? —y Frank consideró que ya no tenía por qué seguir escondido tras la maleza y se puso en pie.

—Estaba yo en el pabellón, mirando lo que había dentro de un cofre, cuando él ha surgido a mi espalda —y Annabell se decidió a imitar a Frank, así que también se puso en pie. Ella añadió—: Tal vez siga por aquí, queriendo matarme.

—Para intentarlo tendrá que vérselas conmigo. Y como comprenderás, un niño no va a poder conmigo por muy armado que vaya de un cuchillo. Así que, tranquila. A propósito, ¿qué has encontrado dentro de ese cofre? Pero no, no hace falta que me lo digas. Prefiero verlo por mí mismo.

—Eso quiere decir que vamos a volver al pabellón —Ia idea no le había seducido nada.

—Claro.

—Bueno, como tú quieras.

Cuando llegaron allí, y entraron, no sin ciertas precauciones por si acaso, no encontraron a nadie. Pero las dos velas seguían encendidas.

Frank se dirigió al cofre, abriéndolo y mirando lo que contenía, y no expresando ninguna sorpresa ante aquel maniquí mutilado.

—¿Qué conclusiones sacas? —le preguntó Annabell.

—Aún no me atrevo a sacar ninguna —contestó Frank—. Sin embargo...

Se quedó sin decir nada más. La puerta se había cerrado de pronto. Y se había cerrado tan bruscamente que las llamas del candelabro habían oscilado, hasta casi apagarse.

—Si no hace aire... —dijo la muchacha con la piel de gallina.

—No ha sido el aire —aseguró Frank.

—¿Entonces...?

Frank se dirigió a la puerta; intentando abrirla. Pero intentándolo en vano, pues había sido cerrada por fuera.

—Han cerrado con llave —repuso Frank tras percatarse de que había sido así—. Saldremos por la ventana.

—Mucho me temo que por la ventana no pueda ser —le hizo saber Annabell—. La ventana está enrejada.

—En tal caso bastará que dé un par de golpes de hombro para que la puerta se venga abajo. No te inquietes.

Se dispuso a hacer lo que acababa de decir. Pero ya para entonces alguien había rociado con gasolina el pabellón de caza y había prendido fuego. Con la indiscutible, manifiesta y malintencionada idea de que Annabell y Frank se asaran como dos pollos.

Dado que la gasolina se había deslizado generosamente bajo el quicio de la puerta, las llamas, instantes después, rodeaban ya a la pareja.

Frank Cobb comprendió que no debía perder tiempo. Tenía que echar abajo la puerta lo antes posible. La situación se estaba haciendo insostenible.

No obstante, así que le dio un par de golpes de hombro, se dió cuenta de que la puerta estaba hecha a conciencia y de que no iba a poder derrumbarla tan fácilmente como había supuesto.

Annabell empezó a toser. El humo lo invadía todo.

—Saldremos de aquí, no te preocupes —la animó Frank.

Y siguió dando golpes de hombro a la puerta. Cada vez más fuertes, con más impulso. Cada vez más efectivos, más contundentes.

Antes de que las llamas se adueñaran por completo de la pequeña y antigua edificación, Frank había conseguido desencajar la puerta de su sitio.

Annabell, tosiendo cada vez más, se tambaleaba. Pero Frank la cogió de una mano, estiró de ella y la sacó de allí.

—Un poco más y muero asfixiada —dijo la muchacha.

—Si te has quedado sin respiración, puedo hacerte el boca a boca —se ofreció Frank—, Sé hacerlo. ¿Quieres una demostración?

El psiquiatra la había abrazado.

Annabell se quedó pegada a él. A pesar del terror experimentado un rato antes y del susto sufrido últimamente, ahora sonrió.

—A ver, prueba...

Frank puso su boca en la de ella.

El beso fue larguísimo.

*

Emprendieron el camino de regreso a la mansión.

Habían decidido, por descontado, no contar a nadie lo sucedido. A nadie absolutamente.

Frank pasaba un brazo alrededor de los hombros femeninos, y la atraía hacia sí. Quería que no se sintiera asustada.

—Ahora que me he tranquilizado un poco, me cuesta creerlo... —dijo Annabell.

—¿El qué? —preguntó Frank.

—Que un simple muñeco tenga vida. La idea resulta tan peregrina, tan descabellada, tan realmente desatinada, que...

—Tienes razón, cuesta creerlo —subrayó Frank—. De todos modos, no podemos rechazar ninguna posibilidad por absurda que nos pueda parecer, a primera vista. Todas son válidas mientras no se demuestre lo contrario. Por lo demás, tú me has asegurado que ha

sido Nelson quien ha querido matarte… Lo sigues asegurando…

—Sí, eso sí…

Antes de llegar a la mansión habían de ponerse de acuerdo en el plan a seguir.

—Mañana nos levantaremos como si esta noche, ni tú ni yo, nos hubiéramos movido de nuestras respectivas habitaciones —dijo Frank —. Después, así que pueda, yo le pediré a tu hermano que nos ofrezca una representación… Con su muñeco Nelson, naturalmente…

—¿Con qué finalidad le pedirás eso? —quiso saber la muchacha.

—Me gustará ver de cerca a Nelson. Lo suficientemente de cerca como para…

—¿Para qué? —insistió la muchacha.

—Te lo diré después de verle. ¿Te parece?

—Bueno —accedió ella.

Ya en la mansión, procuraron no hablar, no decirse nada. Se trataba de que nadie les oyera entrar.

Pero al pasar por el despacho, vieron que allí había alguien.

La muchacha pensó que debía ser Verónica. Sin duda estaba esperando a que Frank regresara.

Pero no era Verónica quien estaba allí, sino Betty. Una Betty acongojada, llorosa, que ocultaba el rostro entre las manos.

—¿Qué te sucede, Betty? —Annabell acababa de acercarse a ella.

—Nada, nada… —negó con la cabeza de un modo absurdo, pues resultaba evidente que le pasaba algo.

—Confíe en mí, en nosotros —también Frank se había acercado a Betty.

—Le aseguro que no es nada… —pero Betty seguía acongojada, llorando.

—Me gustaría ayudarte —dijo Annabell—, Por favor…

Finalmente, Betty alzó sus ojos llorosos hacia ellos, hacia ambos, y dijo:

—No esperaba eso de mi padre. Ni de Verónica, que siempre ha dicho que era mi amiga.

—Si no nos lo explica mejor, no vamos a entenderla —aseguró Frank—. Ande, cuéntenos…

—Verónica ha entrado en el dormitorio de mi padre. Aprovechando que mi padre y mi madre tienen habitaciones separadas desde hace años… ¿Comprendes, Annabell? ¿Comprende, señor Cobb?

—¿Verónica está con tu padre? —y Annabell ¡o preguntó como quien no ha terminado de entenderlo bien.

—Sí, está con él —dijo Betty—, ¡Oh, pobre mamá!

—Tómeselo con calma —Frank quiso tranquilizarla.

—No irá a disculparles, ¿verdad? —y Betty le miró entre lágrimas.

—Yo no soy quien para disculpar —aseguró Frank—. Pero mucho me temo que, ni usted ni yo, seamos quienes para censurar. En realidad, Verónica es una muchacha tan tentadora…

—Pero existe mi madre —adujo Betty.

—Usted misma ha dicho —le recordó Frank— que su madre y su padre tienen habitaciones separadas desde hace años. Además, en el estado en que se halla su madre… Debe hacerse cargo de todos esos condicionantes y no mostrarse excesivamente dura con su padre.

—¿Lo ve de este modo? —preguntó Betty.

—Nos hacemos cargo de lo que sientes —intervino Annabell—. No te esperabas una cosa así. Pero Frank tiene razón, debes ser indulgente con tu padre.

—Intentaré serlo —Betty había dejado de llorar—. ¿Pero de dónde vienes tú a estas horas, Annabell? ¿Y usted, señor Cobb?

—Hemos salido a dar un paseo —carraspeó Frank—. Simplemente eso.

—Con una noche de tanta niebla… Pues no parece una noche ideal… —comentó Betty.

—No lo es —repuso Frank—, Desde luego, de haber sabido que había tanta niebla no hubiéramos salido. Ande, váyase ahora a descansar —dijo Frank seguidamente—. No va a ganar nada quedándose aquí en el despacho.

—No, claro —asintió Betty. Pero había de añadir—: Verónica ya no es mi amiga. No volverá a serlo en el resto de mi vida.

CAPITULO IX

Al día siguiente, cuando Annabell se levantó y bajó a desayunar, se encontró con que Frank y su hermano estaban conversando. Pero no se hallaban en el comedor, sino en la pequeña salita contigua.

Por lo visto el joven psiquiatra había conseguido que Lionel sintiera la necesidad de hablarle de sus cosas y de referirse a todo aquello que, de un modo u otro, estaba afectando a su vida. Y haber llegado a esto significaba que Nelson hubiera salido nuevamente a relucir.

En esta ocasión, Lionel no estaba escondiendo, no estaba encubriendo en absoluto sus preocupaciones, sus recelos, sino que los exponía con manifiesta claridad.

Viendo que si se detenía a darles los buenos días iba a interrumpir una charla quizá primordial para el buen desenvolvimiento del caso, Annabell pasó de largo ante la puerta de la pequeña salita. Hizo como si no les viera.

Ya en el comedor, y mientras desayunaba, la muchacha se dio cuenta de que tío Bruce y tía Rita se sentían muy nerviosos.

También reparó en que el señor Basslencey miraba de vez en cuando 'a Verónica, y lo hacía de reojo, como quien no quiere que su actitud sea notada.

Verónica no se daba por aludida, pero alguna que otra vez le decía algo y le sonreía de un modo fascinador.

También Betty se hallaba desayunando, pero sólo bebió un par de sorbos de café con leche, dejando el resto en la taza. No probó el pan con mantequilla, ni la mermelada.

En cuanto a Bárbara, la esposa de Basil Basslencey, permanecía allí con su expresión de siempre. Esa expresión ausente, boba, idiotizada, que demostraba que ella vivía en otro mundo. En un mundo donde no podían llegar las personas cuerdas.

En aquel momento sonó el teléfono.

Fue a descolgarlo el mayordomo, quien a continuación había de comunicar:

—Señor, el inspector Dassin.

Basil Basslencey se puso al teléfono.

—Diga, inspector... Sí, sí... De acuerdo... Le esperamos...

Cuando dejó el auricular en la horquilla, hizo saber a los presentes que el inspector iría a interrogarles a eso de media tarde. Había surgido un imprevisto y no iba a poder ir por la mañana.

—Entonces, ¿hemos de seguir aquí...? —preguntó tía Rita visiblemente contrariada.

—¿Habían pensado en irse? —a Basil Basslencey le sorprendió un poco lo oído.

Le sorprendió porque tía Rita y tío Bruce, cuando iban por allí, estaban tres o cuatro semanas, como mínimo.

—Sí, sí —tío Bruce acudió en ayuda de su esposa—. Habíamos pensado en irnos.

—Cuando nos interroguen de nuevo —dijo Basil Basslencey— no creo que por parte del inspector haya inconvenientes en que se vayan.

—No, no lo creo —repuso tío Bruce. Y se reafirmó en lo dicho antes—. Sí, nos iremos... Ya volveremos para estar más días en otra ocasión más propicia.

—Están en su casa —intervino Bárbara, en esta ocasión dando la impresión de que sabía lo que se decía—. Pueden entrar y salir a su comodidad.

—Gracias —tía Rita esbozó una sonrisa.

Poco después, Frank Cobb se presentó en el comedor y saludó a todos con amabilidad. Principalmente a Basil Basslencey, a quien, como dueño de la mansión, debía más deferencias. Pero también estuvo muy amable con Bárbara, la esposa que, en ese momento, estaba mirando de un modo extraño al hombre con el que se unió en matrimonio hacía ya muchos años.

Un hombre que hacía ya tiempo que había dejado de ver en ella a la mujer con que gozar del amor. Lo que, por otra parte, no implicaba que hubiera dado escándalos con alguna otra. Posiblemente, haber cedido a los encantos de Verónica era la primera debilidad que podía achacársele.

Lionel se dejó ver poco después. Y Frank aprovechó la ocasión para, ante todos, rogarle que les ofreciera una representación.

—¿Cómo dice...? —y Lionel se mostró desconcertado ante aquella petición, que por descontado no esperaba.

Si acababa de confesarle al psiquiatra todo lo que, respecto a Nelson, le laceraba, le torturaba, incluso le hostigaba, haciéndole sufrir y temer lo indecible, ¿cómo, ahora, se le ocurría proponerle eso?

—Nos gustaría verle —dijo Frank.

— No, no... —se negó Lionel—. He venido aquí a descansar.

—Sólo una pequeña representación —insistió Frank—. Se lo rogamos todos. ¿Verdad que se lo rogamos todos?

Todos asintieron. Dijeron que sí.

—No, no... —Lionel seguía negándose, haciéndole sudar el solo hecho de pensar que Nelson pudiera, una vez más, demostrar que tenía personalidad propia.

Pero miró a Frank Cobb y vio en sus ojos que, como psiquiatra y con el fin de aplicar a su eventual trastorno los remedios pertinentes,

le exigía acceder a la petición hecha.

—De acuerdo —terminó diciendo.

—¡Oh, qué bien! —y Betty se puso a palmotear de un modo un tanto infantil.

—Será divertido —dijo Bárbara—. ¿No eres de mi mismo parecer, querido? —y se volvió hacia Basil Basslencey.

—Claro que sí —contestó el aludido, pero lo cierto es que las miradas se le iban hacia la llamativa y tentadora Verónica.

Quien, ahora, tenía puesta toda su atención en Frank Cobb, Lo que no debía extrañar a nadie, ni siquiera a ella misma. Era una mujer sensual, apasionada, que sabía cuando tenía cerca a un hombre que. como tal, podía considerarse de primera.

*

Basil Basslencey preguntó a la muchacha si el psiquiatra había adelantado algo. Se refería a 'Lionel, claro está. No podía referirse a nadie más,

—No lo sé -—dijo Annabell.

—Supongo que sí. Pero, claro, ya sabemos cómo son esos especialistas, no pueden ir aprisa en su terapia. Su método es la exploración, basándose en el análisis retrospectivo de las causas morales y afectivas que determinan los casos. Así que —observó— no debemos darle prisa. Sería contraproducente hacerlo.

—Soy de su misma opinión —y Annabell añadió—: Gracias por ser tan comprensivo con mi hermano.

—Debo serlo, porque le aprecio sinceramente y además porque es mi obligación. Sí, es mi obligación hacer por él todo lo que pueda. Se portó muy bien con mi hija Tamara. Aun sabiendo casi de fijo que enloquecería, no quiso dejarla, se casó con ella. Eso no puede olvidarlo un padre.

—Amaba sinceramente a Tamara —repuso Annabell—, Fue una pena que no pudieran seguir siendo felices, que el destino les tuviera reservada una tan sobrecogedora tragedia.

—Por cierto —terció Basil Basslencey—, eso de que Lionel nos vaya a ofrecer una actuación con su muñeco Nelson, ¿qué objetivo, que propósito, qué finalidad encierra? ¿Lo sabes tú, Annabell?

—Tal vez —dijo la muchacha— el señor Cobb quiera que Lionel mire de frente, y se encare, y arrostre esa realidad que tiene ante sí, que puede que no sea exactamente la que él cree que es.

—Conmigo no ha querido Lionel hablar de su problema —repuso Basil Basslencey—, En cuanto a ti, te veo confusa, turbada. Pero, claro, me hago cargo, no debe ser agradable que a un hermano querido le dé por decir esas cosas...

—No, no resulta agradable —reconoció ella—. Pero confío en la competencia del señor Cobb.

—Quien ayer noche, por lo que me pareció oír —dijo Basil Basslencey— salió de la mansión y no regresó en un buen rato. ¿A qué saldría? Cuando venga bien he de preguntárselo. Aunque —añadió— no fue el único en salir del dormitorio. Tú también saliste de tu habitación, y también lo hizo Betty. —Había de añadir—: Y también salió Verónica.

CAPITULO X

Frank Cobb subió a su coche y se alejó de la mansión. En esta ocasión lo hizo sin Annabell.

Tampoco le había acompañado Verónica, si bien ésta, con gesto insinuante y prometedor, le había pedido que la llevara con él.

Pero Frank Cobb se excusó diciendo que debía hacer una visita a un familiar que vivía cerca de allí. Prefería ir solo.

Regresó unas tres horas después. Al parecer había querido quedar bien con ese familiar a! que se había referido.

Después, de nuevo ya en la mansión, se comportó como si todo siguiera igual.

Y entretanto, en el salón, pues era la hora acordada, unos y otros habían ya tomado asiento. Se disponían a presenciar la representación de Lionel Waggett, el ventrílocuo que últimamente había merecido los más encendidos elogios.

Lionel iba a actuar junto al mirador de amplios cristales. Debió considerar que era el lugar idóneo para hacerlo.

Pero lo cierto es que Lionel estaba muy nervioso, muy agitado. Parecía no atreverse a actuar una vez más.

En realidad, tenía miedo de todo. Incluso del momento en que abriera el estuche. Podía hacerlo y no encontrar allí a Nelson. No le hubiera extrañado lo más mínimo.

No obstante, cerca de donde él se había situado para actuar, estaba Frank Cobb. Aparentemente, un espectador más, sólo eso. Pero era un psiquiatra, un hombre que quería ayudarle. Y si queriendo ayudarle le pedía que actuara, debía hacerlo.

En el resto de los presentes apenas reparaba. Aunque sabía que su suegro, Basil Basslencey, no iba a quitarle los ojos de encima. No ignoraba por el mal momento que estaba pasando. Annabell se lo había referido, aunque, claro, sin ahondar en el caso.

Bueno, tenía que empezar.

Se dispuso a abrir el estuche.

Antes de abrirlo, no obstante, vaciló. Una vez más el mismo temor. ¿Y si Nelson se había escapado de allí?

Pero no, no se había escapado. Se hallaba allí dentro, doblado en dos, en la misma postura que le había dejado.

Se fijó en sus ojos. ¡Temía encontrarse con esa mirada cruel, perversa, satánica, que le vio la última vez!

Le dio la sensación, sin embargo de que ahora le miraba incluso con cierto cariño y eso le tranquilizó. No excesivamente. pero al menos lo suficiente para que le fuera dado empezar su actuación.

Y la empezó haciendo que Nelson, con su smoking rojo, su corbatín rojo y sus zapatos del mismo color, sentado sobre una de sus rodillas, se echara a reír diciendo que sabía un chiste muy gracioso.

Lionel pidió a su muñeco que le explicara el chiste y Nelson le respondió, abriendo y cerrando la boca de manera perfectamente acorde a las palabras que pronunciaba, que no tenía inconveniente en hacerlo.

Lionel, que no movía en absoluto los labios cuando hablaba Nelson, los movió seguidamente para decir que le escucharía. pero que, antes, le dejara que encendiera un cigarrillo.

Era eso lo que solía hacer en casi todas sus actuaciones, encender un cigarrillo y fumarlo mientras Nelson y él charlaban, o discutían, o lo que fuese.

Pero cuando todo parecía que discurría por cauces totalmente normales, de pronto, y mientras Lionel encendía un cigarrillo, se oyó la voz de Nelson que exclamaba:

—¡Te aborrezco con todas mis fuerzas! ¡No cejaré hasta estrangularte con mis propias manos!

Lionel sufrió una sacudida convulsa, de resultas de la cual su cigarrillo fue a parar lejos.

Raro fue que Nelson no fuera a parar igualmente lejos. Pero de un modo instintivo Lionel le había retenido junto a él, sobre la rodilla que le tenía sentado.

—¿Qué has dicho...? —y Lionel movió ¡os labios, pues era él quien hablaba.

—¡Que te aborrezco con todas mis fuerzas! —y los labios de Lionel permanecieron totalmente inmóviles, pues ahora era Nelson, única y exclusivamente Nelson quien, a! parecer, expresaba sus sentimientos.

Frank se enderezó en su asiento,, pero esto es todo lo que hizo. Le interesaba saber cómo y de qué forma iba a acabar todo aquello.

Por su parte, Basil Basslencey se quedó con el ceño fruncido, si bien se esforzó por no exteriorizar su descontento, o, más bien, su preocupación.

En cuanto a Betty, debió creer que la reacción de Nelson formaba parte del número. Otro tanto debió opinar Verónica. Ninguna de ambas cambió de expresión.

Por lo que respecta a Bárbara, seguía con su gesto distante, bobo, idiotizado.

Tío Bruce y tía Rita comprendieron que sucedía algo extraño. Pero no acertaron a calibrar hasta qué punto aquello era anormal, así que se quedaron indecisos, vacilantes.

—¡Cállate! ¡Me debes respeto! —fue Lionel quien, moviendo normalmente los labios, quiso imponerse al muñeco.

Pero su muñeco se echó a reír cada vez más fuerte. Y llegó un

momento en que Lionel. pálido, lívido, comprendió que estaba a punto de perder por completo el control de sus nervios.

—¡Cállate! —le exigió de nuevo, esta vez con el tono de quien da un ultimátum.

Nelson siguió riéndose, mientras Lionel no movía en absoluto sus labios. La risa llegó a convertirse en ruidosas y estertóreas carcajadas.

Lionel no pudo soportar más la tensión en la que todo él se debatía. Se vio incapaz de seguir resistiendo aquello.

Y de pronto, entre el asombro y la perplejidad de todos los presentes, cogió a Nelson, lo alzó en el aire y lo arrojó contra el ventanal.

El muñeco fue a estrellarse contra los cristales, rompió éstos con gran estrépito y fue a caer al otro lado.

Fue a caer en medio de la cerrada niebla que se abatía torno a la mansión. Una tan cerrada y persistente niebla que apenas se veía a un metro de distancia.

Sin embargo, era pleno día.

—¿Por qué has reaccionado así? —le reprochó Basil Basslencey—. Has debido contenerte.

—No he podido evitarlo —se disculpó Lionel, quien, luego de su arrebato, se arrepintió en seguida de haber sujetado tan mal sus nervios—. De veras, no he podido.

—Yo lo estaba pasando muy bien —dijo Verónica—. No comprendo... No comprendo...

—Nelson es un muñeco encantador —repuso Betty—. ¿Por qué le has hecho eso?

—Se habrá herido... —musitó por su cuenta Bárbara, aunque a ella nadie le prestó atención, ni siquiera su marido.

Tío Bruce y tía Rita se miraron entre sí. De momento no acertaron a hacer otra cosa.

—Voy a ir a buscarle —indicó Verónica a continuación—. ¡Pobrecito Nelson!

—Yo prefiero ir al despacho —subrayó Basil Basslencey, de indudable mal humor—. Allí estaré hasta que llegue el inspector Dassin.

—Yo me voy al dormitorio a reposar un rato —dijo Bárbara—. Me ha disgustado lo que le ha pasado a ese niño...

—Yo también voy a ir a reposar un poco —añadió Betty.

—Nosotros —comunicó tía Rita, mirando a su marido— será mejor que nos vayamos a hacer las maletas. Así, si el inspector nos lo autoriza, podríamos irnos hoy mismo.

Lionel comprendió que él era el culpable de que cada uno se dispersara por su lado. No cabía duda, su violenta y arrebatada reacción había dejado a todos muy mal sabor de boca.

—No te preocupes —dijo Annabell, dirigiéndose a su hermano.

—Lo sucedido no tiene más importancia que aquella que queramos darle —dijo a su vez Frank—, Por mi parte, no le doy ninguna. Puede estar convencido de ello.

—He debido tener más calma, más serenidad. Pero, ya lo habéis visto, Nelson me hace decir lo que no quiero... —y Lionel demostraba claramente, con su creciente excitación y su profundo desasosiego, y a la vez con su gesto de miedo, que estaba pasando por un profundo desarreglo emocional y psíquico.

*

Verónica había sentido pena por el muñeco. ¡El pobrecito Nelson, que había salido disparado por el ventanal!

Abandonó el salón, cruzó el vestíbulo, y se dirigió hacia la puerta de salida.

Ya en el exterior, daría la vuelta a la mansión y le recogería. En un par de minutos estaría de vuelta.

Pero apenas estuvo fuera, se vio rodeada de una niebla tan densa, tan apretada, tan impenetrable, que instintivamente se detuvo.

Sin embargo, hubiera sido tonto que se sintiera amedrentada, intimidada, porque la visión fuera deficiente. Bueno, por lo menos hubiera sido tonto en otras circunstancias más normales.

Pero había muerto asesinada Florinda y era lógico que lo acabara de recordar en esos instantes.

Aunque, claro, si había matado a Florinda debía ser por algo. No, nadie iba a querer matarla a ella. Ella no había hecho mal a nadie.

Sin embargo, ¿y si se trataba de algún perturbado mental que mataba por qué sí, sin motivo? En realidad, reflexionó, no había que ir muy lejos. Bárbara no estaba bien de la cabeza y Betty, por su parte, era hija de una loca...

A pesar de sus pensamientos, Verónica se había decidido a seguir adelante.

Medio minuto después se hallaba junto al ventanal del salón. Y sí, allí en el suelo, entre la densa niebla, estaba el muñeco.

Había caído de cualquier modo y había quedado en una postura absurda. Pero esto no era todo, en el golpe recibido se había roto una pierna. Esta permanecía separada de su cuerpo.

Verónica se agachó, dispuesta a recoger a Nelson y también a su pierna suelta.

No lo hizo.

Cuando se disponía a hacerlo, vio a su lado a otro Nelson. Exacta ¡a talla. la misma indumentaria, idéntico el rostro... Donde los ojos redondos, saltones, muy negros, tenían una mirada cruel, perversa,

satánica.

El pulso de Verónica se aceleró de un modo brusco, furioso, y lo sintió dando golpes de tambor en sus carótidas. Pero hizo todo lo posible por serenarse y por regular su discordante y desacorde respiración, y murmuró:

—¿Quién eres?

El nuevo muñeco, que era un ser viviente, de carne y hueso como pudiera serio cualquier persona humana, le respondió:

—Voy a matarte. Como maté a Florinda y al hombre borracho...

Los ojos de Verónica expresaron un repentino e irrefrenable pánico, mientras sus dientes empezaban a castañetear:

—¿Qué dices...? —y su voz fue un jadeo que escapó entrecortado de entre sus labios súbitamente resecos.

—Voy a matarte —repitió, y alzó el brazo dejando ver un afilado cuchillo.

Los dientes de Verónica dejaron de castañetear. Se había quedado rígida, tensa, mortalmente lívida, empapada toda ella de un gélido y helado sudor.

—No, no... —fue la única palabra que, entre balbuceos, acertó a pronunciar.

Pero quiso huir de allí.

No lo consiguió.

Cuando iba a hacerlo, el nuevo muñeco, o el nuevo Nelson, le puso una zancadilla y Verónica cayó al suelo.

Iba a levantarse, pero notó sobre su pecho el rojo zapato de Nelson y vio relucir entre la niebla el afilado cuchillo, y el miedo la heló, la congeló. Sintió un frío mortal en la médula de todo su esqueleto.

Incapaz de reaccionar, pues, fue una aterrorizada y despavorida testigo del avance del cuchillo.

Sólo en última, en ultimísima instancia, acertó a gritar.

Un grito espantoso, un alarido atroz, espeluznante, que conmovió toda la mansión y sus alrededores.

Cuando unos y otros acudieron al lugar del suceso, encontraron a Verónica en medio de un charco de sangre. Que la niebla, densa, cerrada, parecía querer ocultar.

Un tajo enorme abría el desnudo pecho de Verónica, más a la izquierda que a la derecha, y por el horrendo y escalofriante agujero le asomaba el corazón. Un corazón que ya no latía.

CAPITULO XI

Cuando el inspector Dassin se presentó con la mera pretensión de interrogarles, se encontró con que había una nueva víctima.

Fue entonces cuando empezó a pensar seriamente que en la familia había un asesino. Hasta aquel momento había supuesto que el criminal no tenía nada que ver con ellos.

—Si alguien sabe más de lo que ha dicho hasta ahora, éste es el momento de hablar —el inspector Dassin se encaró, con una mirada circular, a los habitantes de la mansión.

Tío Bruce y tía Rita pudieron hacer constar los temores que habían experimentado la noche antes. Pero la muerte de Verónica no tenía nada que ver, indudablemente, con aquel pasado cuyo recuerdo tanto les había intranquilizado. Optaron, pues, por callar.

Otro tanto, por uno u otro concepto, decidieron hacer los demás. Todos permanecieron silenciosos.

Fue Lionel Waggett quien, empero, por un segundo, tuvo la tentación de decir, de asegurar, que a Verónica, como a Florinda y al hombre borracho, les había matado su muñeco.

¿Pero qué cara iba a poner el inspector Dassin si hablaba en estos términos? Se lo imaginó y no quiso que se rieran de él.

—Deseo hablar con usted... —y tras el silencio de todos ellos, el inspector se dirigió a Basil Basslencey—. A solas.

Annabell, Betty, Lionel y tío Bruce y tía Rita decidieron retirarse discretamente. Bárbara optó finalmente por imitarles, aunque sin comprender de qué iba la cosa.

Frank Cobb, intencionadamente, se quedó rezagado. Por lo demás, antes de salir de la estancia se detuvo.

—Bien pensado —dijo— quizá necesite de mí, inspector.

—¿De usted?

—Soy doctor, especialista en psiquiatría. Ta! vez le pueda aclarar alguna duda. Me refiero —puntualizó— a que debe estar usted sospechando de' la señora Basslencey, ¿no es cierto?

—Sí, francamente sí —reconoció el inspector. Y mirando rectamente al dueño de la mansión, ya no importándole, por lo visto, que Frank Cobb siguiera allí—. ¿Qué clase de locura padece su esposa, señor Basslencey?

—Es inofensiva —contestó Basil Basslencey—, Lo ha sido, siempre, se lo aseguro.

—¿En qué estado se hallan sus relaciones matrimoniales? —y fue ésta la segunda pregunta-del inspector.

—Mantener relaciones de ese tipo con una mujer que está

desequilibrada, se lo aseguro a usted, inspector, no es nada fácil. Supongo que con esto he respondido a su pregunta.

—No exactamente —dijo el inspector—. Prefiero que me lo aclare todo un poco más. ¿Hay alguna otra mujer en su vida? —y sin darle tiempo a que negara, ni a que asintiera—. ¿Acaso esa mujer era Verónica?

Basil Basslencey no esperaba aquel ataque tan directo. Y no se lo esperaba por varios motivos. En primer lugar, porque nunca había dado que hablar en tal sentido. En segundo lugar, porque el inspector le había parecido una persona poco suspicaz.

Como fuera, enfocado el hecho tan de cara, tan de frente. se decidió a decir:

—Verónica era una muchacha atractiva, deseable, y con no excesivos remilgos morales... Así que, como .ella quería conseguir para su padre cierto préstamo económico y como por otra parte yo soy muy rico... En fin, que la noche pasada nos acostemos juntos... Pero esto debe quedar entre usted y yo. Entre nosotros tres —agregó, mirando a Frank.

—Por mí no se preocupe —aseguró el joven psiquiatra.

—Es lo que me imaginaba —dijo el inspector—, su esposa ha tenido motivos para matar a Verónica. Muerta de celos, de rabia...

—Por favor, inspector —Basil Basslencey acababa de interrumpirle —. ¿Me puede decir qué motivos pudo tener mi esposa para matar a Florinda, su más fiel y leal sirvienta? ¿Y para matar al hombre borracho? Porque, por el modo y ejecución de esas muertes, se trata de un mismo asesino... Pues bien, ¿qué motivos pudo tener mi esposa...?

El inspector tosió, queriendo aclararse la garganta. Se había quedado sin saber cómo rebatir los argumentos expuestos.

—Como psiquiatra le pudo asegurar, inspector —intervino Frank Cobb-que la señora Basslencey padece una demencia mansa, sumisa, dócil, que no debe inspirarle el menor recelo.

—¿Está seguro? —el inspector torcía el gesto.

—Sí —afirmó Frank, sin torcerlo—. A menos que...

—¿Qué? —inquirió el inspector.

—Que un hecho muy violento, sumamente agresivo, un hecho que ella contemple, la saque de súbito de su sumisión, de su docilidad, de su mansedumbre. En tal caso se trataría de un arrebato... Con esto quiero decir, que no actuaría a escondidas...

—Algo es evidente —zanjó el inspector—. Hay un asesino entre ustedes.

—No necesariamente entre nosotros —dijo Frank—, Puede venir de fuera, ¿no? Todo cabe, todo es posible. Viene del exterior, comete su crimen y luego se aleja...

En aquel momento oyeron la sirena de una ambulancia. Llegaba para hacerse cargo del cadáver de Verónica.

*

El inspector les había autorizado a irse. Como requisito sólo les pedía su dirección en Londres.

Así que tío Bruce y tía Rita estaban acabando de hacer las maletas, dispuestos a marcharse de la mansión lo antes posible.

—Ya está todo —dijo tía Rita poco después—. Puedes encargarte de las maletas. Yo bajaré en seguida, apenas me maquille un poco.

—De acuerdo —contestó tío Bruce, y cogió las dos maletas y salió con ellas de la habitación.

Tía Rita se acercó al tocador, se sentó en el taburete y se miró al espejo. Desde luego le hacía falta un poco de maquillaje. Estaba muy pálida.

Pero se quedó, no pálida, sino lívida, del color de una' auténtica muerta, cuando vio a través del espejo como Nelson surgía ante ella.

¡Pero si el muñeco de Lionel estaba roto! ¡Además, que este muñeco de ahora andaba solo...!

Tía Rita se volvió poco a poco, tal vez queriendo dudar de la fidelidad, de la autenticidad de aquel espejo. O poco a poco, quizá, porque no se atrevía a hacerlo aprisa.

Ya girada, vio que el espejo no le había gastado ninguna broma. Aquello iba en serio. Terriblemente en serio.

Allí estaba Nelson, con su rojo smoking de siempre y su corbatín también rojo y sus zapatos de idéntico color. ¡Pero este Nelson era de carne y hueso! No, no hacía falta que lo tocara para convencerse de ello.

Tía Rita no encontró valor ni para ponerse en pie. Siguió sentada en el taburete, ahora de espaldas al espejo. Un espejo que reflejaba su nuca, por la que caían una tras otra las gotas de sudor.

—¿Eres Nelson...? —preguntó con la voz ahogada.

—Yo maté a Florinda y al hombre borracho —contestó el que parecía un nuevo muñeco, mientras en sus ojos relucía una mirada cruel, perversa, satánica—, Y esta tarde he matado a Verónica. También voy a matarte a ti.

—¿A mí? ¿Quieres matarme a mí? —y la voz de tía Rita se iba ahogando cada vez más.

Nelson levantó el brazo y tía Rita vio surgir un afilado cuchillo. Sus ojos se desorbitaron, se desencajaron.

Nelson avanzó hacia ella.

Y tía Rita, que se sentía sin voz, sin cuerdas vocales, sin garganta, acertó no obstante, si bien haciendo un infrahumano esfuerzo, a

lanzar un fuertísimo chillido.

Un chillido que debió sorprender a Nelson, desconcertándole, pues detuvo su avance.

Por lo demás, debió considerar que habría cundido la alarma. Decidió dejar sus planes asesinos para otro momento. Así que dio media vuelta y desapareció.

Lo hizo lo suficientemente aprisa, para que, cuando llegaron los ocupantes de la casa para ver lo que sucedía, no hubiera ya ni rastro de él.

—Era el muñeco… Era Nelson… Pero un Nelson de carne y hueso, auténtico, real… Hablaba solo, andaba solo… —tía Rita se había levantado del taburete y se tambaleaba—. Fue él quien mató a Florinda. y quien hoy ha matado a Verónica… También mató a aquel hombre borracho… El mismo me lo ha dicho… También quería matarme a mí…

Tío Bruce intentó calmarla.

—Mi chillido le ha asustado —tía Rita jadeaba de un modo angustioso—. No esperaba que acertara a alzar la voz… He tenido suerte… A no ser por eso ahora estaría muerta…

—Aclaremos el caso —intervino Frank Cobb, que subiendo la escalera de tres en tres había sido el primero en llegar a aquella habitación—. Usted dice que era Nelson, es decir, un niño de unos diez años, de ojos redondos, saltones, muy negros… Un niño de cabellos rubios, muy rubios…

—Sí, sí —asintió tía Rita—. Pero no era el muñeco de antes, sino otro, éste con piel humana, con expresión humana…

—Tranquilízate —dijo tío Bruce, dirigiéndose a su esposa—. Y comprende que es absurdo lo que estás contando. Un muñeco es un ser sin vida, sin movimiento… No puede haber hecho lo que has dicho…

—Yo creo que sí —opinó Lionel, visiblemente trastornado ante el nuevo incidente.

—¿Y dice que ha querido matarla? —preguntó Betty.

—Sí, sí, con un cuchillo.

—¿De qué habláis? —preguntó Bárbara—, No entiendo a qué viene tanto jaleo…

—Telefonearé de nuevo al inspector Dassin —repuso Basil Basslencey—, Debe saber lo que ha sucedido. Aunque yo tampoco puedo aceptar como buena esta versión…

—Todo lo que he explicado es cierto —aseveró tía Rita—. Pero insisto en lo dicho, ese muñeco no era el de antes… Era otro… Idéntico, eso sí, eso sí… Con su smoking rojo, su corbatín rojo y sus zapatos del mismo color…

Cuando el inspector Dassin se enteró del hecho, volvió a la

mansión. Acababa de salir de allí, pero aun así consideró que debía repetir la visita.

—¿Y ese muñeco ha intentado matarla? —el inspector parpadeó nervioso—. ¡Qué disparates me cuenta!

—Sí, sí... —asintió tía Rita.

—Será mejor que se serene y que mañana me lo repita todo, ¿le parece? —había optado por no tomar demasiado en consideración lo oído de buenas a primeras.

—Íbamos a irnos —adujo tío Bruce.

—No, prefiero quedarme aquí hasta mañana —repuso tía Rita—. Con los nervios que ahora tengo no sería capaz de conducir. Mi marido no tiene carnet, ¿comprende, inspector? Además, la niebla es cada vez más intensa. Tanta niebla es peligrosa.

—Pues de acuerdo, mañana seguiremos hablando del tema. Pasaré por aquí a eso del mediodía. Mientras tanto, procure serenarse —esto se lo dijo a tía Rita—. Así podrá explicármelo todo mejor. Respecto a los demás —y esto lo dijo al resto de los presentes— espero que reflexionen y saquen sus propias conclusiones. Mañana me las harán saber. Hasta entonces.

CAPITULO XII

Frank Cobb se levantó temprano, así que hubo clareado el día, y apenas tomó un poco de café se dispuso a salir de la mansión.

—¿No me lleva con usted, señor Cobb? —le preguntó Betty al verle al volante de su coche.

Frank recordó que el día antes Verónica se le había dirigido con estas mismas palabras. Aunque Verónica tenía otras intenciones que Betty, no cabía dudarlo.

No obstante, la respuesta iba a ser la misma. Debía hacer una visita a un familiar que vivía cerca de allí. Prefería ir solo.

Lo cierto es que Frank no quería ir acompañado por nadie. Aquel asunto deseaba desenvolverlo sin que nadie se inmiscuyera.

Iba a dirigirse a Londres. De donde le separaba muchos kilómetros. No obstante, tenía un buen coche y darle al acelerador era una de sus debilidades. Las distancias no le asustaban.

Iba a ir al mismo lugar que fue el día antes. Sólo que el día antes fracasó en su empeño y esa mañana, por el contrario, esperaba salirse con la suya.

Ya en la ciudad, detuvo el coche ante el establecimiento que, a juzgar por las trazas, era medio tienda y medio taller. Allí, por lo que parecía, más se fabricaba que se vendía. Aunque indudablemente debían hacerse ambas cosas.

Era aquél un lugar donde, a través de los cristales del escaparate, no se veían dependientes. Aunque debía haberlos tras una cortina situada al fondo.

En el escaparate había expuestos una buena cantidad de juguetes. De muy especial y variada índole. No faltaban muñecos, muñecos. Unos de plástico. Otros de trapo. Grandes. Pequeños. Pero se trataba, indudablemente, de ejemplares muy especiales.

Bueno, Frank Cobb no se detuvo a contemplar lo que había allí expuesto. En aquellos primorosos juguetes ya había reparado el día antes.

Entró en la tienda, acaparando la atención de la única persona que en aquel momento se hallaba allí, tras el mostrador. Era un hombre alto y flaco, un tanto desgarbado.

—Buenos días —saludó Frank.

—¿Usted aquí? ¿Otra vez? —y se llenó de crispación el rostro del hombre alto y flaco.

—He pensado en que quizá hoy estaría más amable que ayer, señor Holm —dijo Frank—, En eso al menos confío.

—Le dije, y le repetí, que fabriqué ese muñeco por iniciativa

propia, que no se trató de ningún encargo...

—Y yo le respondí —manifestó Frank— que no le creía. Pero, claro, la persona que le comisionó el trabajo debió pedirle como remisa indispensable que su nombre quedara en el anonimato...

—¿Será necesario que le recuerde que ayer, ante su insistencia, me vi obligado a llamar a uno de mis empleados y que éste, con sus dos metros y pico de estatura, se encargó de sacarle de aquí poco menos que a trompicones? —el señor Holm estaba perdiendo la paciencia.

—Sí. salí de aquí bastante mal parado —reconoció Frank.

Se guardó de decirle que el día antes, cuando el mastodonte de su empleado le sacó de allí sin excesivas contemplaciones, se limitó a dejarle hacer, convencido de que no valía la pena pelearse pues otro argumento sería sin duda mucho más convincente que aquél. En consecuencia, ya en la calle, abrió la cartera y puso delante de sus ojos unos cuantos billetes, diciéndole: «Le daré otro tanto si cuando vuelvo mañana por aquí me facilita el nombre de la persona que hizo el encargo del muñeco que luego fue vendido al ventrílocuo Lionel Waggett.»

—Será mejor que se vaya —el señor Holm acababa de elevar la voz—. No quiera armar camorra.

—No quiero armar camorra —aseguró Frank—. Sólo quiero que me diga...

—¡Usted se lo ha buscado! —y descorriendo la cortina situada al fondo, y metiendo la cabeza dentro, exclamó—. ¡Ven ahora mismo! ¡Y saca de aquí a ese...!

Apareció el empleado de dos metros y pico, el mastodonte ese que, de ponerse a las malas, le hubiera planteado a Frank más de un problema. Porque Frank era alto, y musculoso, y fuerte, y había dado en su vida más de un puñetazo, pero su fuerte no era ése, sino los psicoanálisis. Sin embargo, Frank Cobb no tenía por qué apurarse, el mastodonte había aceptado el dinero que le ofreció, prometiéndole que haría todo lo posible por ganarse el otro tanto ofrecido.

—¿Qué desea, señor Holm? —preguntó el mastodonte, tras aparecer por la cortina.

—Saca de aquí a ese... —repitió—. Y asegúrate de que no vuelva. No le pierdas de vista mientras no se aleje en su coche.

—De acuerdo, señor Holm.

Acto seguido, el mastodonte se dirigió a Frank. Se quedó plantado a su lado.

—Qué, ¿sale usted a las buenas o prefiere que le ayude yo?

—Dada su estatura —consideró Frank— creo que no me da opción a elegir. De todos modos —insistió— no veo qué mal pueda haber en que yo sepa quién encargó ese muñeco...

—¡Sácale de aquí de una vez! —exclamó el señor Holm.

El mastodonte se abalanzó sobre Frank, y fingiendo una fiereza que estaba lejos de sentir le cogió por un brazo y le arrastró fuera.

Frank no opuso excesiva resistencia, sólo la precisa para que la escena quedara bien. Después, ya en la calle, al girarse y ver que el señor Holm, el hombre alto y delgado, ya no podía verles, preguntó:

—¿Ha conseguido enterarse…?

—Sí —dijo el mastodonte—. En el libro de encargos está todo anotado.

—Le escucho.

—He copiado textualmente lo que ponía —le puso el papel en las manos—. Así abreviamos la charla. No quisiera que el señor Holm desconfiara de mí.

—Muy bien —y Frank, en justa reciprocidad, le entregó los billetes acordados—. Gracias.

—A usted.

De este modo tan sencillo, Frank Cobb encontró la pieza que le faltaba.

Que le faltaba, evidentemente, para comprenderlo todo, y para todo, pues, verlo claro como el agua de un manantial.

Pero así que ya no tuvo dudas de nada, cayó en la cuenta de que debía regresar cuanto antes a la mansión de Basslencey.

El asesino podía volver a actuar.

*

Lo había hecho ya.

Pero esta vez había actuado de un modo repentino, tan inopinado y tan desconcertante, que la víctima, tío Bruce, ni se había dado cuenta de su ataque. Lo cierto es que había pasado a mejor vida sin salir del sueño en que se hallaba sumido.

Pero nadie se había enterado aún de lo sucedido.

Eso llegaría después.

A eso de las nueve y media de la mañana, tía Rita se despertó. Habían dejado cerradas las persianas de las ventanas y la luz apenas entraba, pero comprendió que ya era tarde.

Le extrañó que su marido siguiera en la cama. Solía levantarse antes que ella. Normalmente era así.

Se volvió hacia él, y antes de despertarle inclinó la cabeza sobre su pecho y puso allí sus labios, en un beso suave, cariñoso.

Esperaba encontrarse con el contacto del pijama, pero sus labios dieron con algo húmedo y viscoso. Algo que ante la presión de sus labios le dió la sensación de que se desplazaba de sitio.

Tía Rita se quedó con el pulso detenido. Luego, adelantó su mano hacia el pecho de su marido, palpó, y notó, en medio de un

estremecimiento horrible, que tenía el pecho abierto en un tajo brutal, y que la sangre lo inundaba todo, y que era el corazón de su marido la víscera que ella había besado.

Se puso a gritar, mientras notaba el regusto de aquella sangre en sus labios.

Un regusto que, como una macabra y espeluznante sensación, le quedaría en la boca para el resto de sus días.

CAPITULO XIII

Apenas llegó a la mansión y se apeó de su coche, Frank Cobb reparó en que ahí mismo estaba detenida una ambulancia. ¿Para llevarse el cadáver de la nueva víctima? Sí, claro. No cabía suponer otra cosa.

En seguida se enteró de que la tal víctima había sido tío Bruce.

—¡Esto es horrible, espantoso! —oyó que exclamaba Annabell.

Basil Basslencey hablaba con el inspector Dassin, quien al parecer acababa de llegar.

El dueño de la mansión, con el entrecejo muy pronunciado, le decía:

—Tome las medidas que considere más oportunas, pero que sean eficaces. Así no podemos seguir

Betty participaba indudablemente de la preocupación de su padre, y permanecía junto al inspector, tal vez esperando que éste dijera algo que les devolviera en parte la tranquilidad.

Tía Rita se hallaba materialmente desplomada en un sillón, y miraba con pavor a su alrededor. Posiblemente tenía que de un momento a otro apareciera allí, en el comedor, que era donde se hallaban, Nelson... ¡Porque era Nelson, el muñeco de su sobrino Lionel, quien había matado a su marido! ¿Cómo no iba a estar segura después de verle aparecer tras ella, reflejado en el espejo del tocador? ¿Cómo no iba a estar segura después de contemplar el afilado cuchillo en su mano y de ver la cruel, perversa y satánica expresión de sus ojos!

Lionel compartía la opinión de tía Rita. El culpable era Nelson. Y la verdad es que estaba dispuesto a hacerlo constar así. La situación había llegado a un extremo límite, que verdaderamente ya no permitía indecisiones por parte de nadie. Por eso había hablado a su suegro en tal sentido. Así Basil Basslencey, a su vez, le hablaría al inspector. Lo haría a la primera oportunidad.

En cuanto a Bárbara, con su gesto ausente, bobo, idiotizado que en ella parecía una expresión perenne, no comprendía nada. Pero también se hallaba allí. Si bien ella, en lugar de participar de lo que unos y otros decían, se estaba limitando a abrir uno de los cajones del aparador, donde estaban los tenedores, los cuchillos y las cucharas de plata.

—Tendré que poner la mesa yo... —iba murmurando—. La servidumbre está cada día más perezosa...

Poco después de entrar Frank Cobb en el comedor, fue cuando todos oyeron que el inspector exclamaba:

—¡Por todos los diablos, señor Basslencey, no puedo tomar en consideración lo que acaba de decirme! ¿Que su yerno, Lionel Waggett, cree que todas esas muertes las ha efectuado su muñeco…?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó tía Rita desde su sillón, lo suficientemente alto para ser oída—. ¡Ha sido ese maldito muñeco!

—Esto es absurdo, irrazonado —mascculló el inspector—. Y me extraña que ustedes, personas sensatas… —y viendo aparecer a Frank —. ¿Qué opina usted de todo esto? Porque usted es psiquiatra…

—Soy psiquiatra, efectivamente —afirmó Frank, avanzando hacia el centro de la estancia, es decir, hacia donde se hallaba el inspector Dassin.

—Pues bien, dígame qué opina de esta situación que, por instantes, se está enrevesando… Antes buscábamos a un asesino normal y corriente. Ahora resulta que hemos de buscar a un muñeco…

—La situación no se está enrevesando, sino todo lo contrario — dijo Frank—. Con sinceridad, yo he llegado ya al fondo de todo.

—¿Ah, sí…? —inquirió el inspector, escéptico.

—Sí —afirmó Frank.

—¡Pues estupendo! —ironizó el inspector—. Empiece por explicarme por qué el señor Waggett, Lionel Waggett. un ventrílocuo famoso, en lugar de estar efectuando actuaciones a su entusiasmado público, se empeña en asegurar que su muñeco tiene personalidad y vida propia, y no sólo eso, sino que dice también que su muñeco se ha convertido en un peligroso asesino…

—El caso de Lionel Waggett es mucho más sencillo de lo que pueda parecer a primera vista —sentenció Frank—. Reconozco, que de no llegarse al trasfondo de su inquietud emocional, de su anómala confusión, de su alteración psicológica, del miedo que le aferra hasta restringir, hasta limitar’ alarmantemente su propia voluntad e ideas, hubiera acabado siendo un enfermo, y un enfermo difícil de curar. Hay ciertos abismos en los que, cuando uno cae, es muy difícil salir.

—Prosiga —dijo el inspector.

—Si Lionel Waggett se ha sentido y se siente tan emocionalmente trastornado ante todo aquello que se refiere a su muñeco Nelson, es porque existe una motivación… ¡Son tan sinuosos, complejos e intrincados los caminos de la mente! Se trata de que Lionel Waggett ha visto siempre en Nelson, no un simple muñeco, sino algo más… Mucho más… Pero sin él mismo saberlo… Siendo él el primero en ignorar qué es lo que realmente veía…

—Hasta aquí —le aseguró el inspector— no me he enterado de nada.

Los demás, que escuchaban atentamente a Frank Cobb, debían estar pensando algo muy parecido. Aunque ninguno de los presentes lo expresó en voz alta.

—El caso es sencillo, ya lo he dicho antes, y ahora lo repito —prosiguió diciendo Frank—. En fin, se trata de que Lionel Waggett ha visto siempre en Nelson, en su muñeco, al hijo que tuvo… Al hijo que perdió en un trágico accidente… Y no es extraño que su inconsciente reacción haya sido ésa, la que ha tenido, pues su hijo, de no haber muerto, de seguir viviendo, ahora sería físicamente tal y como es Nelson… Exactamente igual…

—¿Qué quiere decir, señor Cobb? —preguntó Lionel. Había de añadir, tras sacudir la cabeza como intentando desaturdirse—. Sí, ahora me doy cuenta… Tiene usted razón… Nelson me ha recordado siempre a mi hijo… ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

—Y como usted —prosiguió diciendo Frank dirigiéndose al hermano de Annabell— siempre ha tenido clavado en lo más hondo de su alma, de su espíritu, el remordimiento… El remordimiento, sí, por haber propiciado, si bien de forma involuntaria, aquella tragedia… Al permitir que recluyeran a su esposa Tamara en aquel centro psiquiátrico, dio pie al hecho de que el hijo no quisiera separarse de su madre y… Bueno, todos sabemos ya lo que sucedió… Pues bien, ese remordimiento suyo, totalmente infundado por cierto, pero incisivo y real, hizo que poco a poco, fuera transmitiendo a su muñeco el rencor y el odio que usted creía que su hijo le hubiera tenido de no haber muerto… Eso, unido al cansancio provocado por sus continuas actuaciones… En fin, no me dilato más, creo que me han entendido suficientemente.

—No he comprendido una cosa —le inspector se estaba interesando por la tesis expuesta—. ¿Por qué ha dicho usted que el hijo del señor Waggett, de no haber muerto, seria ahora físicamente como ese muñeco, exactamente igual…

—Por una sencilla y clara razón —sentenció Frank— porque el dueño del muñeco, el señor Holm, lo fabricó por encargo… Y la persona que lo encargó, le dio una fotografía actual del niño para que la semejanza fuera total… Ya sé, ya sé —se anticipó a las preguntas que se veía venir—, ustedes se están preguntando cómo han podido mostrar al señor Holm una fotografía actual de un niño muerto hace ya tantos años. La respuesta, evidentemente, sólo puede ser una. ¡Porque el hijo de Lionel Waggett está vivo!

*

—¿Qué dice usted…? —respingó Basil Basslencey.

—¿Qué dice…? —fue Betty la que se quedó con la boca abierta.

—¿Quién está vivo? —preguntó Bárbara a su vez, ella por su parte sin asimilar lo que había oído.

—El niño no murió en el accidente —afirmó Frank—. Se quedó

con vida, y finalmente fue rescatado de entre las rocas del acantilado. El hombre que fue asesinado al salir de la posada, aseguraba haber oído llorar al niño, pero, claro, ése hombre solía estar borracho y nadie le prestaba atención...

—Pero, ¿adónde quiere usted ir a parar, señor Cobb?. —preguntó Lionel.

—Quiero ir a parar a lo que ha sido de su hijo durante todos estos años.

—Entonces, ¿sigue usted asegurando que mi nieto está vivo? —inquirió Basil Basslencey.

—Sí —asintió Frank—, y durante todos estos años ha vivido en el pabellón de caza que los Basslencey tienen en un claro del bosque.

—¿Cómo...? —preguntó Betty—. ¿En el pabellón de caza...? Me cuesta creerlo.

—¿Y cómo ha podido, un niño de tan corta edad...? —quiso saber Lionel.

—He dicho hace unos segundos, que alguien le rescató de entre las rocas del acantilado. Pues bien, ese alguien se ha encargado de hacerle subsistir. Aunque estoy convencido de que a! principio no debió resultarle nada fácil, y la prueba está en que fueron puestas rejas en la ventana del pabellón de caza, como asimismo la puerta fue cambiada por otra, más sólida, hecha a conciencia, con una buena cerradura para poder irse de allí con la seguridad de que, quien quedara dentro, no iba a poder escaparse,

—Por favor, prosiga... —esta vez fue el inspector Dassin quien con estas palabras, vino a rogarle que no les tuviera sobre ascuas.

—No debemos olvidar —puntualizó Frank— que se trataba de un niño que ya daba muestras de un claro desequilibrio mental. En' consecuencia, fue preciso desde el primer momento que su guardián tomara las debidas precauciones. En realidad, le tenía allí para que nadie supiera de su existencia y para evitar que fuera recluido en un manicomio, como iba a serlo su madre cuando sobrevino el mortal accidente... Pero fueron trascurriendo los años y el niño, esto es lo cierto, acabó siendo adiestrado por su guardián. Adiestrado para asesinar...

—¿Qué pretende decir con esto? —preguntó el inspector Dassin.

—Que el niño fue entrenado —repuso Frank— para coger un cuchillo, clavarlo en el pecho de la persona que se le indicara y hacerle un tajo lo suficientemente ancho y profundo como para que quedara asomando el corazón...

—Esto que dices es escalofriante —consideró Betty—, Cuesta creerlo... Cuesta tanto que...

—Pues es la verdad —dijo Frank— y para convencerme de ello me bastó echar una ojeada al contenido de un cofre. El cofre estaba en el

pabellón de caza y en su interior encontré un maniquí. Un maniquí que tenía, a la altura del pecho, una docena, o dos docenas, o más, de cortes incisivos y profundos. No cabía duda, alguien se había estado ejercitando en la diabólica tarea... Pero, bueno, ahora ya no existe el maniquí. El pabellón de caza ardió por los cuatro costados y todo, como es lógico, acabó en cenizas.

—¿Cómo...? —Lionel estaba cada vez más trastornado—. ¿Ha ardido el pabellón de caza? ¿Y mi hijo...?

—El niño no estaba allí en aquel momento —repuso Frank—. Quienes estábamos allí éramos Annabell y yo. Y fue entonces cuando alguien debió opinar que nos habíamos inmiscuido demasiado en asuntos que no eran de nuestra incumbencia y nos obsequiaron rociando con gasolina el pabellón de caza y prendiendo fuego... Una gentileza —ironizó Frank— que podía habernos costado cara, pero afortunadamente conseguí derribar la puerta a golpes de hombro.

—¿Y mi hijo...? —preguntó Lionel—. ¿Si no murió, si sigue vivo, dónde, dónde está ahora...?

—A su debido tiempo se lo diré —manifestó Frank—. Lo primero es dejar claro quién fue la persona que rescató al niño de entre las rocas del acantilado.

—Ni la más alucinante de las pesadillas podría... —pero Betty no acabó la frase.

—Pero, ¿quién pudo ser esa persona? —inquirió tía Rita—, ¿Es uno de los que estamos aquí...?

—Sí —afirmó Frank, y ya sin querer dilatarse más, sentenció—. ¡Esa persona es usted, señor Basslencey!

El dueño de la mansión comprendió que ya todo era inútil. Le habían desenmascarado.

Se había dado cuenta de ello así que Frank Cobb dijo que el señor Holm fabricó a Nelson por encargo, un encargo al que acompañó una fotografía. Pero no había perdido la serenidad, intentando, hasta lo humanamente posible, eludir las posibles responsabilidades.

Sin embargo, ahora, ante la rotunda acusación formulada por Frank Cobb, sólo le quedaba una alternativa digna. Dar la cara y confesar su culpa. La verdad es que no se arrepentía de nada. Volvería a hacerlo.

En eso, Frank alzó la voz, llamando al mayordomo.

—¡Traiga al niño! —exclamó seguidamente.

Instantes después, un niño aparecía ante todos ellos. El mayordomo le llevaba de la mano. Eso bastaba porque el niño no ofrecía resistencia ninguna.

Vestía con un smoking de color rojo, corbatín también rojo y zapatos del mismo color. Sus ojos eran redondos, saltones, muy negros. Sus cabellos rubios, muy rubios.

Era otro Nelson.

Pero éste de carne y hueso.

—¡Ese es el asesino de mi marido! ¡Ese es...! —se puso a gritar tía Rita, totalmente histérica.

—No nos precipitemos —dijo Frank Cobb—. Por lo que a mí respecta sólo he dicho que le enseñaron, que le ejercitaron para asesinar. Pero no, me consta que su maestro no consiguió que aprendiera tan siniestras lecciones. Tal vez porque es sólo un niño y todos los niños tienen algo de ángeles.

Basil Basslencey estaba perdido. Consciente de ello, se dispuso de una vez a demostrar que no se arredraba ante las dificultades y que sabía dar la cara cuando las circunstancias lo exigían.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó—. ¡Yo le rescaté de entre las rocas del acantilado! ¡Y yo me he encargado durante todos estos años de que subsistiera!

—Si sólo se hubiera limitado a eso —repuso Frank Cobb—, ahora no tendría nada que reprocharle. Pero usted ha odiado a muerte a su yerno y...

No dijo nada más. Sabía que el resto lo diría el propio interesado.

—¡Sí, le he odiado a muerte! —afirmó Basil Basslencey—. Y sí, soy yo quien he cometido esos crímenes. —Tras una larga pausa agregó —: Tamara no hubiera ido en la ambulancia si Lionel no hubiera autorizado su ingreso en el centro psiquiátrico. Por eso he odiado a Lionel, porque por su culpa sucedió todo. —Y reconoció seguidamente —: Y he odiado también a todos aquellos que le persuadieron de que debía internar a Tamara.

—Y por eso decidió matarlos, ¿no es cierto eso?

—Se me ocurrió fabricar un muñeco a semejanza de su propio hijo —siguió diciendo Basil Basslencey—, Lionel es muy sensitivo, muy susceptible y emocional, y había de captar el parecido, sufriendo y acusando, inevitablemente, graves trastornos psíquicos. Sí, seguro que captaría el parecido, aunque sólo de forma involuntaria, claro está, ya que su hijo sólo tenía cuatro años la última vez que le vio... Y todo fue, exactamente, como yo había supuesto... Y fue entonces, al tener a Lionel bajo un estado de suma excitación y descontrol, aún más allá de lo supuesto, cuando comprendí que había llegado el momento de la venganza... Así que me propuse convencerle de que su muñeco, haciendo uso de su propia vida, se había convertido en un asesino... ¡Sí, me propuse convencerle de ello! Si lo lograba, antes o después sus nervios estallarían y sería él, entonces, quien iría a parar al manicomio... Lo que quería para Tamara le habría llegado a él...

—Comprendo —esta vez habló el inspector Dassin.

—En las últimas horas las cosas se me habían complicado —admitió Basil Basslencey—. Tía Rita había visto al nuevo Nelson... Lo

mismo había sucedido con Annabell... Pero, bueno —especificó— yo pensaba que nadie prestaría mucha atención a lo que pudieran decir dos mujeres. Lo que verdaderamente contaría, sería lo que Lionel afirmaría una y otra vez, que su muñeco tenía vida, que su muñeco era un asesino... ¿Cómo no iba a afirmarlo, si luego de matar al hombre borracho puse el cuchillo ensangrentado en el bolsillo de su smoking? Lo dicho. Lionel acabaría ingresando en un manicomio.

—Y puesto a asesinar —dijo Frank— aprovechó la ocasión para eliminar al hombre borracho... Solía decir que no había muerto el nieto de Basil Basslencey y eso le iba a contrapelo. Luego mató a Florinda y hace poco a tío Bruce... Sí, claro, a los dos les pareció acertada la idea de internar a Tamara... Habían de pagarlo... Pero, ¿por qué mató a Verónica?

—En realidad —reconoció el dueño de la mansión—, me hubiera gustado que fuera mi nieto quien, con sus propias manos, consumara la venganza... Pero por más que le puse delante el maniquí y le dije como tenía que actuar con el cuchillo, nunca logré que me obedeciera... Lo hacía al principio, repitiendo las palabras que yo le metía en la mente... Palabras con las que aseguraba que era él el asesino y que iba a volver a matar... Pero no. luego, en el momento decisivo, se quedaba con el cuchillo en el aire y se detenía... Sí, en todas las ocasiones tuve que intervenir yo... ¿Por qué maté a Verónica?

Se interrumpió.

Los demás quedaron a la espera.

Basil Basslencey prosiguió:

—Verónica quería que yo le prestara a su padre cierta elevada cantidad de dinero, y para convencerme se coló en mi dormitorio dispuesta a acostarse conmigo. No me encontró, yo estaba en el pabellón de caza... Por cierto, supongo que ya ha adivinado, señor Cobb, que fui yo quien echó gasolina y prendió fuego... Me estaba usted estorbando demasiado. Le invité a pasar unos días aquí, pero sólo para despistar, no para que me complicara la vida. En fin, que Verónica, al no encontrarme en mi habitación, pudo recelar de mí... No lo sé, quizá ni se le ocurrió... Como fuera, pensé que lo mejor era evitarme complicaciones...

—Tenía muy a punto la gasolina —dijo Frank.

—Estaba dispuesto que el pabellón de caza ardiera de todos modos —asintió Basil Basslencey—. Así que el asunto concluyera a mi gusto, no quería que quedaran huellas de nada...

—¿Qué pretendía, en definitiva...? —inquirió Lionel.

—Vivir en esta mansión con mi nieto, sin miedo ya que nadie me lo podría arrebatar. Aunque estuviera mentalmente enfermo, a mí no había de importarme...

En ese momento, en medio del tenso silencio que se forjó entre ellos, se oyó la voz del niño.

—Abuelo, ¿a quién quieres que mate ahora...? Esta vez procuraré hacerlo bien... No te enfades, esta vez lo haré bien...

—Cuando regresaba en mi coche, me lo he encontrado merodeando por la mansión —explicó Frank, refiriéndose al niño—. Medio se escondía, medio se agazapaba... He conseguido alcanzarle y traerle aquí... Todos juntos se está aclarando mejor la situación...

—Abuelo, ¿a quién quieres que mate ahora? —volvió a preguntar el niño.

Un niño al que en esos momentos nadie le hostigaba, nadie le decía que tenía que odiar y vengarse. De eso, sin duda, que su mirada no tuviera nada de cruel, ni de perversa, ni de satánica. Parecía, incluso, un niño como otro cualquiera.

—Hijo mío... —pronunció muy quedo Lionel, acercándose al niño —. Hijo mío...

El niño le miró, sonriéndole de un modo indefinible. Tal vez le había encontrado entre sus lejanos recuerdos.

—¿Soy tu hijo...? —preguntó.

—Sí, sí —afirmó Lionel.

—¿Y por qué me has abandonado durante tanto tiempo?

—No te he abandonado —repuso Lionel con lágrimas en los ojos —. Creía que habías muerto.

De pronto se alzó la voz del, inspector Dassin.

—¡Dese por detenido, señor Basslencey!

El dueño de la mansión soltó una carcajada mientras sacaba a relucir una pistola. Lo hizo antes de que el inspector avanzara más de dos pasos.

—¡Quietos todos! -exclamó—. Como comprenderá, inspector, no voy a dejarme cazar como un conejo.

—¡Deténgale! ¡Deténgale! —se puso a gritar tía Rita.

—Antes de morir —hizo constar Basil Basslencey, y lo cierto es que seguía sin perder la serenidad— voy a acabar contigo, Lionel. No tienes derecho a vivir después de lo que hiciste a Tamara.

—Yo amaba a Tamara —dijo Lionel—, Pero no podía hacer otra cosa. Todos lo comprendieron así...

Basil Basslencey .apuntó a Lionel. Estaba claro que iba a disparar y que iba a hacerlo sin qué su pulso vacilara lo más mínimo.

—Yo de usted no lo haría —terció Frank Cobb, sin duda pretendiendo ganar tiempo—. No quiera engañarse a sí mismo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Basil Basslencey.

—Que usted es el primero en saber que Lionel hizo lo que tenía que hacer, que realmente no tuvo otra alternativa... Así pues, si lo sabe, ¿por qué quiere convencerse a sí mismo de lo contrario?

—Voy a matar a Lionel —y mirando a su yerno—. Prepárate a morir...

—¡No, padre! ¡No! —exclamó Betty horrorizada.

—Sí, tiene que morir —afirmó Basil Basslencey.

Apretó el gatillo. Lo hizo varias veces consecutivas.

Pero el rostro de Basil Basslencey se llenó de horror, de espanto, al ver que Betty había protegido con su cuerpo el de Lionel, y que había sido ella quien había recibido los impactos.

Con varias manchas de sangre sobre el pecho, Betty se desplomó en el suelo y luego se quedó totalmente quieta, con los ojos, asimismo, absolutamente inmóviles. Había muerto.

—¡Maldito Lionel! ¡Por tu culpa...! —y Basil Basslencey volvió a apretar el gatillo de su pistola.

Esta vez su yerno no tendría una amorosa muchacha dispuesta a dar su vida por él.

Pero Basil Basslencey no contaba con lo más insólito, con lo más imprevisible.

Y lo más imprevisible e insólito fue lo que sucedió a continuación.

¡Esta vez protegió a Lionel su propio hijo!

Y las balas de la pistola se incrustaron en el smoking rojo.

—¡Noooo...! —gritó Basil Basslencey.

El niño se tambaleó y terminó en el suelo. Desde allí miró a Lionel y pronunció una sola palabra:

—Papá...

Y hasta aquí lo que parecía el final precipitado e inesperado de una alucinante historia.

Pero quedaba algo más por suceder. Y este algo más iba a correr a cargo de la persona a la que todos prestaban menos atención.

Bárbara...

La mujer de expresión ausente, boba, idiotizada, que siempre había sido en la mansión como un mueble más.

Abrió de nuevo el cajón central del aparador y dirigió su diestra hacia donde, debidamente alineados, se guardaban los cuchillos de plata.

Cogió tres de ellos. Tres a la vez. Los crispó salvajemente entre sus dedos.

Luego se abalanzó hacia Basil Basslencey y asentó un certero y terrible golpe en su espalda. Un golpe violento, contundente, irascible.

Con los tres cuchillos clavados en su espalda hasta la empuñadura, Basil Basslencey, que había lanzado un grito, se volvió hacia su esposa.

Tras las tres simultáneas cuchilladas, Bárbara impulsó los mangos hacia ella, recuperándolos.

Así, cuando su marido se volvió hacia ella, se encontró con los tres cuchillos-ante sus ojos.

No tuvo tiempo de nada.

Bárbara volvió a atacar. De un modo arrebatado, frenético, delirante. De un modo desenfrenado, arrollador, incontenible.

Primero le atacó en el pecho, queriendo, al parecer, atravesarle el corazón y acabar con él de una vez.

Pero cuando a Basil Basslencey, mortalmente herido por la espalda primero y por el pecho después, se le doblaron las piernas y cayó de rodillas, Bárbara atacó a su cabeza, a su cráneo.

Y lo hizo con redobladas fuerzas, con arrebatados ímpetus, con exacerbado vigor.

Los tres cuchillos a la vez, pues, se incrustaron repetidas veces en el cráneo del hombre, y seguidamente en su masa encefálica. Entonces, Basil Basslencey dejó de gritar para lanzar fatigosos gemidos, estertóreos lamentos, agónicos gimoteos.

Luego, los tres cuchillos, siempre a la vez, atacaron el rostro, la faz del hombre.

Era un ataque demoníaco y tan rápido, tan ametrallante, que en realidad todo estaba sucediendo en unos brevísimos instantes. Nadie había tenido tiempo de intervenir.

Los cuchillos, pues, destrozaron los pómulos, aplastaron la nariz, rompieron los dientes y luego…

Luego, entre los chorros de sangre que bajaban de las heridas de la cabeza y la sangre que emanaba del rostro, los tres cuchillos a la vez se clavaron furiosamente en el ojo derecho y sus alrededores. Del brutal y espeluznante golpe, el ojo izquierdo saltó de su sitio…

Bárbara lo recogió en el aire.

Había preferido aflojar la presión de sus dedos y soltar los cuchillos, a perderse aquella bolita que debió antojársele una pequeña pelota.

Seguidamente, con el ojo izquierdo de su marido entre las manos, murmuró:

—Parece el ojo de alguien… Y es como si me mirara reprochándome algo… —y pasado su arrebato, su expresión volvía a ser ausente, boba, idiotizada.

CAPITULO XIV

Frank Cobb detuvo el coche y se volvió hacia Annabell.

—Volveremos a salir juntos, ¿verdad? —le preguntó luego de haberla besado.

—Claro que sí —sonrió ella.

—Por cierto —repuso Frank— tengo que preguntarte algo. Ahora que ya puedes estar tranquila respecto a la salud tanto física como psíquica de Lionel, la pregunta se hace inevitable. ¿Quieres casarte conmigo, Annabell?

—Si no llegas a pedírmelo —dijo la muchacha—, la enferma hubiera sido yo.

Llegó un nuevo beso.

No podía ser de otra manera.

FIN